

# CRISTIANDAD

AÑO SANTO DE 1950



## BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

Redes y cadenas de Lucifer: Codicia de riquezas, honor mundano, crecida soberbia.

Sombras en la vida cristiana en el siglo del triunfo de la Iglesia.  
El remedio providencial: Heroico desprendimiento de los Santos.

EL PLAN DE CRISTO NUESTRO SUMO CAPITÁN:

La pobreza de espíritu, fundamento de la humildad y raíz de toda perfección.



**BANDERAS - ESTANDARTES**  
para Asociaciones Religiosas y Entidades

**Almacenes JORBA**  
**M A N R E S A**

**J. P.**

N.º 1608

**AL REINO DE CRISTO  
POR LA DEVOCION  
A SU SAGRADO CORAZON**

DOCUMENTOS PONTIFICIOS  
TEXTO CASTELLANO PRECIO: 30 Ptas.



**ACABA DE APARECER**  
LA  
**EDICION LATINO-CASTELLANA  
DE ESTA OBRA**  
PRECIO DEL EJEMPLAR: 45 Ptas.

De venta en la Administración de CRISTIANDAD  
y en las principales Librerías

**RAZON Y FE**

REVISTA MENSUAL HISPANO-AMERICANA DE CULTURA

50 AÑOS DE PRESTIGIO

La vida cultural vista con ojos católicos. - Amplio interés por todos los problemas humanos y especialmente por los del espíritu.

Religión, Historia, Derecho, Filosofía, Artes, Ciencias, Literatura Antigua y Moderna, Educación, Política y Sociología, Psicología...

Intersección del Dogma y la Moral católica con todas las manifestaciones de la vida individual y social. Movimiento literario y científico de España y del Extranjero.

Estudios eruditos. Crónicas y documentación. Orientaciones doctrinales y prácticas. Copiosa crítica bibliográfica en cada número.

Aparece en fascículos de más de 100 páginas el primero de cada mes.

**Administración:** Suscripciones, pagos, giros, pedidos, devoluciones, publicidad: Ediciones FAX, Zurbano, 80. Apartado 8001. — **Madrid.**

**Redacción:** Originales, libros para la Bibliografía, consultas: Redacción de «RAZON Y FE», Pablo Aranda, 3. **Madrid.**

**Precios de suscripción:** España y naciones del Convenio Postal: Anual, 70 ptas. Para los demás países: Anual, 90 pesetas. Número suelto, 8 ptas. Número atrasado, 10 ptas.

Se entiende siempre años naturales.

**CRISTIANDAD**

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual . . . . 100'— Ptas.  
Semestral . . . . 50'— »  
Trimestral . . . . 25'— »

Número ordinario . . . . 5'— ptas.  
Encuadernar . . . . . 25'— »  
Tomo encuadernado . . . 125'— »

Chocolates y Bombones

**“PINAR”**

FABRICADO POR  
**LUDOMAR, S. L.**

## Espíritu cristiano de pobreza

*El hombre ha nacido para la Felicidad, que es el bien perfecto. El hombre ha nacido para Dios.*

*Hay, en el fondo de nuestro ser, una «capacidad de Dios» que es, sin duda, el atributo más noble de su naturaleza espiritual. Hay, en el fondo de nuestro ser, una «indigencia de Dios» de la cual el deseo natural de Felicidad, el «apetito natural» de un bien perfecto, totalmente saciativo, es la expresión.*

*Toda la dinámica de nuestro espíritu, todo «querer» espontáneo o reflexivo está fundamentalmente sostenido por el deseo radical de Felicidad.*

*Veamos ahora como las criaturas vienen a ensartarse a modo de «bienes» apetecibles o amables para el hombre, en esta «trayectoria» nuestra fundamental.*

*Toda criatura puede poseer atractivo para el hombre, tan sólo porque encarna, de hecho, el valor de un camino o de una imitación del Supremo Bien. En el primer sentido podrá amarlas el hombre como medio para llegar al conocimiento y amor expresos de Dios que tenía germinalmente en su naturaleza, bajo forma del deseo de felicidad; en el segundo sentido, ellos pueden ser queridos por sí mismos por el hombre, como capaces de perfeccionarle en parte satisfaciendo necesidades o apetencias particulares nuestras.*

*Ahora bien, hay algunos bienes finitos que, por cierta «indefinición» que les acompaña pueden presentarse a nosotros con la apariencia del Bien infinito; y que por este hecho pueden, en ocasiones «obturar» nuestro deseo radical del Bien perfecto con un «mimetismo» de la felicidad que tan sólo en Aquél se encuentra.*

*La «riqueza» —bajo esta razón general e indefinida que se concreta en el «dinero» y que le permite eludir, con transformaciones incansables, el peligro de la saciedad— constituye uno de estos internos espejismos a que el hombre sucumbe, porque le proporciona la apariencia de un horizonte infinito «pecuniae obaediunt omnia».*

*Mas uno no puede menos de pensar, entonces, que un gran bien debe haber realmente en la riqueza para que pueda ejercer sobre nosotros tanta sugestión. Y así es. Este bien verdadero —imagen de uno de los caracteres distintivos de la Felicidad— es la seguridad de vida que ella nos procura. Por este carácter, es la riqueza lícitamente amable no tan sólo como compatible con la virtud, sino como condición de ella, y así, la prudencia obliga normalmente al hombre a buscar cierto grado de bienestar económico el padre a procurarlo para sus hijos.*

\* \* \*

*Acababa de alcanzar la Iglesia su gran victoria social cuando se sintió mordida por la Serpiente en su calcañar. El enemigo intentaba inocularle el veneno del siglo, el espíritu de riqueza. Estremecida en todo su cuerpo, Ella se defendió entonces buyendo al desierto en un gigantesco éxodo. Es el momento del siglo IV, al que nos referimos en este número.*

*La lucha entablada hoy—ni que sea en términos muy diversos— alcanza, con todo, a los mismos objetivos fundamentales. No es por hablar que la Iglesia caracteriza de extraordinario el tiempo presente, o que nos dice que «nos hallamos hoy en un combate decisivo entre el Reino de Cristo y los poderes de las tinieblas», que hemos entrado en «una fase decisiva que fuerza a cada uno a declararse por Dios o contra Dios». Dos ideales de vida se encuentran frente a frente, y cuando el mundo adora el valor económico como supremo, la Iglesia nos invita a ir al extremo opuesto y a completar la prudencia natural (que obliga a la moderación en el amor y uso de las riquezas) por una prudencia sobrenatural que lleva al total desprendimiento de ellas.*

*No tan sólo el querer ser rico; también el temor de ser pobre que encoge a menudo nuestro corazón ha de ser superado hoy, con generosa confianza en Dios. Cuando la cruz del siglo va haciéndose intolerable, Jesucristo nos ofrece su propia cruz, en el despojamiento y la renuncia. La riqueza ha perdido hoy su valor de seguridad para todo aquel que mira cara a cara los hechos; tan sólo la pobreza cristiana de espíritu puede proporcionar a nuestra vida una base estable.*

*«La penitencia y una verdadera reforma de vida que, junto a la oración perseverante y fervorosa, es un medio absoluto y esencialmente necesario en la gran batalla que está empeñada» envuelve, como elemento constitutivo, este espíritu cristiano de pobreza.*

J. B. B.



EN EL AÑO JUBILAR DE 1950

# CRUZADA INTERNACIONAL DE ORACION Y PENITENCIA

## SERA RENOVADA LA CONSAGRACION AL SACRATISIMO CORAZON DE JESUS

No transcurrirá el año del quincuagésimo aniversario de la Consagración del género humano al divino Corazón, sin ser conmemorado digna y solemnemente, ni sin producir los óptimos frutos, que nos es dado esperar confiadamente de tan señalado aniversario.

En este Año Santo de 1950, el Sumo Pontífice Pío XII, a ruegos de numerosos Obispos, renovará, en una de las misas solemnes que celebre en la Basilica de San Pedro, la consagración al divino Corazón hecha por León XIII, y la consagración al Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María, que llevó a cabo él mismo en 1942.

El día y manera de este feliz acontecimiento no ha sido determinado aún. A nosotros incumbe, ciertamente, preparar de la mejor manera posible los corazones de los fieles, a fin de que obtengan, en verdad, de dicha renovación el fruto apetecido conforme al deseo del Sumo Pontífice. Por tanto es conveniente que se explique sin cesar el sentido e importancia de esta Consagración a los Sacratísimos Corazones de Jesús y María. ¡Quién no advierte lo bien que se acomoda la cuidadosa preparación de los fieles, con la renovación que se persigue por la «Cruzada de Oración y Penitencia»!

(De la Dirección General del Apostolado de la Oración)

---

## SUMARIO DEL PRESENTE NUMERO

**EDITORIAL: El espíritu cristiano de pobreza.**

**En el Año Jubilar de 1950** (págs. 82 y 83).

**Meditación de dos banderas** (pág. 84).

**La pobreza, fundamento de la humildad y raíz de toda perfección** (pág. 85).

**Los santos padres hablan a los ricos de su tiempo** (págs. 86 y 87).

**Sombras en la vida cristiana en el siglo del triunfo de la Iglesia. La salvación del mundo por la santidad.** P. Hartmann, S. I. (págs. 88 a 91).

**La voz de los Vicarios de Cristo** (pág. 92).

**A la pobreza de espíritu son llamados todos los cristianos,** P. Luis de la Palma (pág. 94).

**El deber de la beneficencia es inseparable del derecho de propiedad,** P. Mateo Liberatore (págs. 95 a 97).

**La pobreza y las enseñanzas evangélicas,** L. Garriguet (pág. 97).

**La pobreza de espíritu, condición necesaria del Reino de Cristo,** por Pedro Basil (págs. 98 y 99).

**Habitación, pan y trabajo.** Carta Pastoral del Excmo. y Rvdmo. Dr. D. Gregorio Modrego Casás, Obispo de Barcelona (págs. 99 a 101 y 103).

**Cruzada anticomunista,** por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 102 y 103).

**En el aniversario de la condena del Cardenal Mindszenty** (pág. 104).

## La «Cruzada» debe tomar su forma y peculiar carácter de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús

**Quiere reconocer la total virtualidad salvadora de esta devoción en las tribulaciones presentes**

Es de esperar que de lo dicho en las anteriores instrucciones (1) sobre la manera de desarrollar la Cruzada de Oración, todos habrán comprendido que se trata de algo de suma trascendencia. La Cruzada no se llenará con el rezo cotidiano de algunas oraciones, sino que ha de consistir en una acción de oración y penitencia, capaz de aportar remedio eficaz a las calamidades de la hora presente. ¡Semejante resultado no se conseguiría con el cotidiano rezo, más o menos de rutina, de Padrenuestros, Avemarias y Gloria!...

Por consiguiente, para ordenar como se debe la «Cruzada», precisa que las personas que deben moverla entiendan con claridad qué se persigue con esta actuación y de qué medios deben valerse para llegar a su fin.

La acción nace de conocimiento claro y juicio cierto, anunciado en repetidas ocasiones por el Sumo Pontífice, de que nos hallamos hoy en un combate decisivo entre el Reino de Cristo y los poderes de las tinieblas. «Las tensiones» políticas, económicas, sociales; los peligros de guerra y conmociones civiles, son sólo la forma externa y como la superficie de aquella pugna ideológica, que ha entrado hoy en una «fase» decisiva, como suele decirse, y que fuerza a cada uno a declararse por Dios o contra Dios. La oración perseverante y fervorosa es, junto con la penitencia y la verdadera enmienda de la vida, medio absoluto y esencialmente necesario en la gran batalla que está empeñada.

En la extrema gravedad de la hora presente, capaz de llenar de angustia y pavor a cuantos reflexionan sobre la futura suerte del mundo, Dios y su Iglesia nos han dado un medio que puede y debe traernos la victoria y el triunfo de Cristo: **esto es, la devoción a su Corazón Sacratísimo**. Su amor misericordiosísimo y omnipotente hacia los pecadores, simbolizado en su Corazón amantísimo, ha de ser nuestro refugio y la fuente inexhausta de consuelo y fortaleza.

Todo el plan de nuestra «Cruzada» se pone de manifiesto con estas sencillas reflexiones. Los fieles, conscientes de la suma gravedad de las circunstancias presentes, deben implorar de Dios con una seria enmienda de la vida, verdadera penitencia y oración asidua, la misericordia y el perdón. Mas no se esfuercen en tender a dicho fin con cualesquiera oraciones o piadosas prácticas, sino rindiendo culto y homenaje al Sacratísimo Corazón de Jesús.

Por la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, debemos implorar del Corazón misericordiosísimo de nuestro Salvador, la misericordia y el auxilio, a fin de que también El sea propiciación nuestra para con su Padre. **Nuestra «Cruzada» es, pues, esencialmente, una acción que proviene de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús y que quiere reconocer a esta devoción dada por Cristo Señor para nuestros tiempos una total virtualidad salvadora en las tribulaciones presentes.**

De lo dicho se desprende que para desarrollar dicha «Cruzada» hay que atender, sobre todo, a las dos cosas que siguen:

1. **Debe llevarse a los fieles a adquirir conciencia de la extrema gravedad de la hora presente y a comprender, al propio tiempo, la responsabilidad que tienen contraída ante Dios, así por lo que respecta a ellos mismos como a los demás hombres de nuestra época.** ¡Es, por consiguiente, de la máxima importancia que los fieles se hagan cargo de lo que exigen las calamidades de la hora presente, y de lo que reclaman de ellos! Será difícil que la «Cruzada» alcance un efecto profundo y duradero si los fieles no caen en la cuenta de ello.

2. **La «Cruzada» debe tomar su forma y peculiar carácter de la devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús.** Así pues, todos los actos que son propios de esta devoción y proceden de la misma deben ser empleados en la «Cruzada», porque ella encuentra, sobre todo, su razón de ser en los ejercicios expiatorios. Lo cual debe ser tenido en cuenta principalmente cuando se determinen las condiciones peculiares con que cada región deba participar en la «Cruzada». No se indiquen, pues, cualesquiera oraciones o prácticas piadosas, sino, ante todo, aquellas que son propias del culto del Sacratísimo Corazón: verbigracia, la Santa Misa, la Comunión Reparadora, la Hora Santa, reparaciones de injurias, adoraciones y consagraciones.

Por la interna conexión que existe entre el culto del Corazón de Jesús y del Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen María, y por las reiteradas veces que el Sumo Pontífice ha recomendado la devoción a dicho Corazón Inmaculado, debemos dirigir nuestras oraciones al Corazón maternal de la Santísima Virgen, sirviéndonos para ello principalmente del Santo Rosario, tan a menudo alabado por la Iglesia, y que tan admirables efectos ha tenido para los cristianos en sus situaciones apuradas

(De la Dirección General del Apostolado de la Oración)

(1) Véase CRISTIANDAD, núm. 138, págs. 511-517.

# MEDITACION DE DOS BANDERAS

la una de Cristo, sumo capitán y señor nuestro,  
la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura.

Cristo llama y quiere a todos debaxo de su bandera,  
y Lucifer al contrario debaxo de la suya.

## SERMON DE LUCIFER

Considerar el sermón que les hace (a los demonios) y como los amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de cobdicia de riquezas, como «suele ut in pluribus», para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo, y después a crecida soberbia, de manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia y destos tres escalones induce a todos los otros vicios.

## SERMON DE CRISTO

Considerar el sermón que Christo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza spiritual, y si su divina Majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; segundo a deseo de opprobios y menosprecios, porque destas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero pobreza contra riqueza; el segundo opprobio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero humildad contra la soberbia; y destos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes.

(SAN IGNACIO. *Libro de los Ejercicios Espirituales*)

---

«Muéstrase ciertamente, hoy, el poder de las tinieblas, aquella fuerza negativa, destructora, cual la había descrito proféticamente San Ignacio en la Meditación de dos Banderas.

»La CRUZADA DE ORACIÓN Y PENITENCIA nace de un conocimiento claro y juicio cierto, anunciado en repetidas ocasiones por el Sumo Pontífice de que nos hallamos hoy en un combate decisivo entre el Reino de Cristo y los poderes de las tinieblas. Las «tensiones» políticas, económicas, sociales; los peligros de guerra y conmociones civiles, son sólo la forma externa y como la superficie de aquella pugna ideológica que ha entrado hoy en una fase decisiva, y que fuerza a cada uno a declararse por Dios o contra Dios.»

(De la Dirección General del Apostolado de la Oración)



## LA POBREZA, FUNDAMENTO DE LA HUMILDAD Y RAIZ DE TODA PERFECCION

SAN BUENAVENTURA. *Leyenda de San Francisco*

Manifestóse la gracia de Dios Nuestro Salvador en estos últimos tiempos, mediante su siervo el bienaventurado Francisco, a todos los hombres verdaderamente humildes y amigos de la santísima pobreza, los cuales, admirando en él la infinita misericordia de Dios, son excitados con su ejemplo a renunciar por completo a la impiedad y a los deseos pecaminosos del siglo, a vivir en perfecta conformidad con Cristo, y a suspirar con ardientes deseos por la bienaventurada patria del cielo. Sobre Francisco, como sobre uno de sus verdaderos pobres, dirigió el Señor sus miradas con dignación tan inefable que no sólo lo apartó del corrompido desorden del mundo, sino que, convertido en seguidor, guía y pregonero de la perfección evangélica, se dignó establecerlo como luz de los creyentes, a fin de que diese testimonio de la misma luz, enseñase sus caminos y las sendas de la paz y preparase de este modo para el Señor los corazones de los fieles.

Entre la multitud de celestiales carismas que Francisco recibió del Dador de todo bien, mereció por una gracia especialísima crecer en las riquezas de la caridad mediante su amor ardiente a la virtud de la pobreza. Considerando, en efecto, Francisco que esta virtud había sido tan familiar al Hijo de Dios y viéndola, por otra parte, casi desterrada del mundo, resolvió desposarse con ella mediante un vínculo de caridad perpetua; de tal modo que por su amor no sólo abandonó a su padre y a su madre, sino que renunció también a cuantas riquezas pudiera poseer. Nadie hubo tan codicioso del oro como él lo fué de la santa pobreza, ni nadie puso tanto cuidado en guardar sus tesoros como él en conservar tan preciosa margarita. Por eso nada le ofendía tanto como el ver en sus religiosos alguna cosa que no estuviese del todo conforme con la pobreza. Y en realidad el Santo, rico con la túnica, el cordón y los paños de la honestidad, vivió contento con ello desde el principio de su conversión hasta la muerte. Frecuentemente se ponía a meditar, sin poder contener las lágrimas, en la pobreza de Cristo y de su Madre Santísima, y después de haberla estudiado con ellos, aseguraba ser la pobreza la reina de todas las virtudes, pues tanto había resplandecido y tanto había sido amada por el Rey de los Reyes y por su Madre, la Reina de los Cielos. De aquí es que, estando una vez reunidos sus religiosos y preguntándole cuál era la virtud más propia para captarse la perfecta amistad con Cristo, respondió, como quien descubre un íntimo secreto del corazón, y les dijo: «Sabad, hermanos míos, que la pobreza es el camino más seguro para la salvación, como fundamento que es de la humildad y raíz de toda perfección, y sus frutos, aunque ocultos, son múltiples y abundantísimos. Esta virtud es aquel tesoro evangélico escondido en el campo, para comprar el cual deben venderse todas las cosas y despreciar por amor suyo las que no pueden venderse.»

## LOS SANTOS PADRES HABLAN A LOS RICOS DE SU TIEMPO

En el siglo IV, triunfante la Iglesia por la conversión del Imperio, y terminada la era de las persecuciones, se produjo entre los cristianos, especialmente los nuevamente convertidos, un contagio del espíritu pagano; la situación económica de aquellos siglos, mientras sumía en la miseria a gran parte de la población provocaba el enriquecimiento de los más poderosos. Los Santos Padres de tal modo hablaron del recto uso de las riquezas y de los deberes de los ricos, que algunas de sus enseñanzas han provocado en los tiempos modernos polémicas, pretendiendo ver en ellas algunos una negación del derecho de propiedad privada. Reproducimos dos vigorosos fragmentos de San Agustín y San Juan Crisóstomo, en que siguiendo a San Pablo adoctrinan a los hombres de su siglo acerca de los peligros del amor a las riquezas y la necesidad de la pobreza de espíritu.

### SAN AGUSTIN

#### «El gusano de las riquezas es la soberbia»

El rico y el pobre son en el nacimiento y en la muerte iguales. Recuerda, rico, tu origen: considera si trajiste algo a este mundo. Viniste y encontraste muchas cosas. ¿Quieres decirme qué trajiste? Si te avergüenza el decirlo, oye al Apóstol: «Nada trajimos a este mundo». Nada, dice, hemos traído. Pero, tal vez, aunque nada has traído, puesto que has encontrado muchas cosas, algo podrás llevar contigo. También por tu amor a la riqueza tiembles de responder a esto: oye, también, al Apóstol que lo dirá y no te adulará: «Nada hemos traído a este mundo; nada, tampoco, podremos llevarnos de él» cuando de este mundo salgamos.

Nada has traído, nada podrás llevarte de aquí. ¿Por qué, pues, te engries contra el pobre? Cuando nace un niño, que se retiren de su lado sus padres, los siervos, todos los que le acompañan, ¿quién reconocerá como rico al niño que está llorando? Den a luz al mismo tiempo una mujer pobre y otra rica, no se fijen en lo que han parido; retiradles los hijos sin que los vean, vuelvan después y traten de reconocerlos. Así ves, rico, cómo nada has traído a este mundo. Cuando se abren sepulcros antiguos, ¿quién distinguirá los huesos de los ricos? Oye, pues, rico, lo que dice el Apóstol y reconoce que es verdad.

¿Qué se sigue, pues? Que «mientras tengamos con qué comer y con qué cubrirnos debemos contentarnos con ello. Pues los que quieren hacerse ricos caen en las tentaciones y en muchos deseos malos que llevan a los hombres a la ruina y a la perdición. Porque la raíz de todos los males es la avaricia: a la cual los que siguen se desvían de la fe». Atiende bien qué cosa pierden; te duele lo que perdieron: mira lo que hallaron. Oye: «Se desviaron de la fe y se encontraron con muchos dolores» ¿Quiénes? Los que quieren hacerse ricos

Una cosa es ser rico y otra querer ser rico... Aquí se acusa a la codicia, no al oro, ni a la plata, ni a las riquezas, sino a la codicia. Los que no quieren hacerse ricos, o que no cuidan de esto, no arden en deseos, ni se encienden en las llamas de la avaricia, pero son ricos; oigan al Apóstol: «Manda a los ricos de este mundo». Manda, ¿Qué? Ante todo «que no sientan soberbiamente». Nada hay que las riquezas tanto engendren como la soberbia. Todo fruto, todo grano, todo trigo, toda madera tiene su gusano. Y uno es el gusano del manzano, otro es del peral, otro el de la

almeza, otro el del trigo. El gusano de las riquezas es la soberbia.

«Manda, por tanto, a los ricos de este siglo que no sientan soberbiamente». Ha excluido el vicio, enséñenos el uso. ¿Cómo no sentir soberbiamente? «No confíen en lo incierto de las riquezas». Los que no esperan en lo incierto de las riquezas no sienten soberbiamente. Por tanto, teman. Si temen, no sentirán altamente de sí. ¿Cuántos ayer ricos, son hoy pobres? ¿Cuántos se durmieron ricos y viniendo los ladrones, despertaron pobres. No esperen, por tanto, en lo incierto de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que gocemos de ellas», las cosas temporales y las eternas. Pero más bien las cosas eternas para gozar, y las temporales para usar. Las cosas temporales como para quien va de camino, las eternas, como para habitar en ellas. Las temporales para que con ellas obremos bien, las eternas para que por ellas nos hagamos buenos. Hagan, pues, los ricos esto: No confíen en lo incierto de las riquezas, sino en Dios vivo, que nos da abundantemente todas las cosas para que gocemos de ellas: Esto hagan.

¿Qué harán, pues, de las riquezas que tienen? Oye lo que deben hacer: «Sean ricos en buenas obras, den con facilidad». Pues tienen con qué hacerlo, ¿por qué no lo hacen? Comuniquen de sus bienes, es decir, reconozcan como iguales suyos a los mortales. Háganse para sí mismos un tesoro para lo futuro. Pues, cuando digo «Den fácilmente, comuniquen de sus bienes a los demás», no los quiero expoliar, no quiero dejarles desnudos, no quiero dejarles hambrientos. Les enseño su ganancia.

Porque no quiero que queden pobres, por esto les digo: «Háganse un tesoro». No que lo pierdan, sino que lo transporten: «Háganse un tesoro para lo futuro, para que conozcan la vida verdadera». Esta es una falsa vida: «Conozcan, pues, la verdadera vida».

De tal modo usen los ricos de lo superfluo, que los pobres tengan lo necesario.

Dad, por tanto, a los pobres, hermanos míos. «Teniendo con qué comer y con qué cubrirnos, con esto estamos contentos.» Nada tiene el rico de sus riquezas, sino aquello que de él pide el pobre: la comida y el vestido. ¿Qué más ob-



tienes de todo lo que posees? Recibiste el alimento y lo necesario para vestirte. Lo necesario, digo, y no lo vano ni lo superfluo. ¿Qué más obtienes de tus riquezas? Dímelo; y ciertamente, todas tus cosas fuera de aquéllas, serán superfluas. Pues lo que para ti es superfluo, es necesario para el pobre. Pero yo, dices, necesito ricos manjares, me alimento de comidas exquisitas. Y el pobre, ¿qué? El pobre de comidas viles, con ellas se alimenta; pero yo las necesito preciosas.

Pero cuando ambos estéis saciados, si os preguntase qué se ha hecho al entrar dentro de vosotros la comida, te avergonzarías de los manjares delicados. Siente hambre el rico, y la siente el pobre, y ambos desean saciarla. Igualmente se satisfacen; pero uno, con manjares vulgares y el otro, con manjares exquisitos: uno, sencillamente; el otro, con más dificultad...

No dije esto para obligar a los ricos a que alimenten a los pobres con banquetes. Usen ellos de la costumbre de su debilidad; pero duélanse de no poder hacerlo de otro modo. Mejor sería que pudiesen. Por tanto, si el pobre no se enorgullece de su mendicidad, ¿por qué te engries tú de tu debilidad? Usa, pues, de tus exquisitos y delicados manjares, ya que no puedes de otro modo sin enfermar. Usa de esta superfluidad, pero da a los pobres lo que pide la necesidad. Si tú usas lo escogido, da al pobre lo ordinario. El lo espera

de ti; tú lo esperas de Dios; él espera en la mano que ha sido creada con él, y tú debes esperar de la mano del que te creó. Pero que no te creó a ti solo, sino al pobre contigo. Os dió a los dos el mismo camino de esta vida; os habéis encontrado como compañeros que hacen el mismo viaje: él nada lleva y tú vas cargado con exceso. Puesto que andas cargado, dale de lo que tienes; a él le sustentas y tú te alivias.

Dad, pues, a los pobres; os lo ruego, os exhorto, os lo mando. No ocultaré a vuestra caridad por qué me he visto obligado a haceros este sermón. Desde que estamos aquí, al ir a la iglesia y al salir de ella, los pobres nos llaman y nos suplican que os digamos que esperan recibir de vosotros. Ellos nos han movido a hablaros; y cuando ven que nada obtienen de vosotros, piensan que en vano trabajamos entre vosotros. También esperan de nosotros. Les damos cuanto tenemos, les damos como podemos. Mas ya que no somos capaces de colmar sus necesidades, somos como sus embajadores ante vosotros. Nos habéis oído y nos habéis alabado. Damos gracias a Dios. Habéis recibido la semilla y habéis devuelto palabras. Vuestras alabanzas nos pesan y nos ponen en peligro: las soportamos, pero temblamos en medio de ellas. Sin embargo, hermanos míos, estas alabanzas vuestras son las hojas del árbol: lo que se busca es el fruto.

(Sermón LXI)

## SAN JUAN CRISOSTOMO

### «Todo va a la ruina por esta locura del dinero»

Extirpemos la raíz de los males, y todos los evitaremos. «*La codicia de riquezas es la raíz*»; Pablo lo ha dicho, o mejor, Cristo por boca de Pablo. Veamos cómo. Esto, la experiencia misma de las cosas lo enseña. ¿Qué mal hay que las riquezas no traigan, o más bien la voluntad mala de los que no saben usar de ellas? Porque sería lícito el usar rectamente de los bienes; pero lo que ha sido dado para ayuda de los pobres, para remisión de los pecados, para gloria y beneplácito de Dios, de esto mismo usamos contra los pobres sumidos en miseria, contra nuestra alma y para ofensa de Dios. ¿Acaso esto es algo justo? ¿Cuál es el mal que de tales cosas no se siga?

Los hombres excitados por tal codicia, ¿no llegan acaso a quebrantar las leyes de la naturaleza, los preceptos de Dios y a subvertir todas las cosas? Quita la codicia de riquezas, y cesarán las guerras, las luchas, las enemistades, las disputas. Como perniciosos y lobos, convendría que tales hombres fuesen arrojados del mundo. Como vientos furiosos y contrarios, cayendo sobre un tranquilo mar, lo agitan hasta lo profundo, de modo que la arena más honda se mezcla con las olas, así la ambición de riquezas lo perturba todo de arriba abajo. El codicioso no conoce a su amigo. ¿Qué digo, a su amigo?: ni al mismo Dios; porque, detenido por esta pasión, ha enloquecido.

Por ellos todo está trastornado; todo va a la ruina por esta *locura de la riqueza*. ¿A quiénes, pues, a quiénes acusaré de culpa? No lo sé: de tal manera esta peste ha contagiado a todos, a unos más, a otros menos, pero a todos juntamente. Y como una violenta llama cayendo en un bosque todo lo arrasa y deja desolado, así aquélla ha trastornado el mundo: reyes y súbditos, ricos y pobres.

mujeres, hombres, niños, son igualmente víctimas de este mal. Como si las tinieblas cubriesen el mundo entero, nadie vuelve en sí. Se exponen innumerables y abundantes acusaciones, particular y públicamente, pero ninguna mejora se produce.

¿Qué se puede hacer, pues? ¿Cómo extinguiremos esta llama? *Porque puede ser apagada, aunque se haya levantado hasta el cielo: es necesario solamente que queramos, y extinguiremos la llama*. ¿No la alimentó acaso nuestra voluntad? Pues así como nuestra voluntad la ha alimentado, por ella sólo puede ser extinguida.

¿Cómo alcanzaremos esta voluntad? Si meditamos la vanidad y superfluidad de las riquezas, que no podremos llevar con nosotros a la otra vida, que en esta misma vida nos abandonarán; que ellas ciertamente quedarán aquí, pero las heridas que ellas nos producen, con nosotros las llevaremos; si vemos que allí habrá muchas riquezas, si comparamos éstas con aquéllas, nos parecerá que las de aquí son más viles que el cieno; si meditamos que están sujetas a mil peligros, y que no dan sino un momentáneo placer mezclado con dolores. Si con diligencia contemplamos aquellas riquezas de la vida eterna, podremos así despreciar éstas, que en nada nos son útiles para alcanzar la gloria y la salvación, ni para ninguna otra cosa, sino que, por el contrario, nos precipitan en la ruina y en la perdición; consideras que tú eres aquí rico y tienes muchos que están debajo de ti, pero cuando de aquí emigres te encontrarás solo y desnudo. Si con frecuencia meditásemos estas cosas y las oyésemos de otros, tal vez sanaríamos de nuestra locura y nos libraríamos de aquel grave suplicio.

(In. Epi: t. I ad Thimotheum. Homil. XVIII.)

# Sombras en la vida cristiana en el siglo del triunfo de la Iglesia

Al término de la era de las persecuciones,  
el espíritu de riqueza contagia el cristianismo triunfante.  
Hacia la ruina de la sociedad pagana

Por el P. HARTMANN GRISAR, S. I.

El espíritu pagano no podía dejar de oponer dificultades a las exigencias de la nueva religión; es fácil comprobar sus tristes efectos. En el siglo IV, y aun al comienzo del V, las iglesias cristianas y los palacios estaban llenos de convertidos de nombre. *El favor que la corte otorgaba al cristianismo, la revolución política que destruía toda esperanza para el porvenir de los templos y del culto paganos, determinaron en Roma múltiples conversiones: pero estos adherentes puramente exteriores comprometían la religión por su falta de convicción y por su mala conducta. Había también aquella muchedumbre de cristianos a los que la sinceridad de sus convicciones íntimas no impedía los más graves compromisos con el espíritu pagano, que les arrastraba a acciones que parecían casi una traición a la nueva religión. Los Padres de la Iglesia se indignan con razón contra la participación de cristianos sin carácter en tales fiestas y costumbres que estaban aún bajo la inmediata influencia del culto pagano. «¿Por qué este respeto humano ante los poderosos? —exclama San Agustín—. ¿Es que esperamos acaso ganar de este modo el mundo para la ley santa de Cristo? Usad de cortesía y mansedumbre hacia la persona de los paganos, pero profesad en alta voz y con firmeza vuestra fe contra sus locuras. Ya que sois cristianos, volved la espalda a sus vanas reuniones; que se avergüencen de su escaso número, si no quieren resolverse a compartir vuestra fe» (1).*

Así, pues, aun mientras el cristianismo se desarrollaba brillantemente, mientras muchos grandes del mundo daban ejemplo de virtudes heroicas, no faltaban cristianos indignos o relajados; se les hallaba aun entre las filas del clero; son las sombras que el historiador no puede negarse a ver.

San Jerónimo tuvo que conocer con amargura semejantes miembros del clero. El celo ascético del ardiente dalmata y su palabra independiente entraron en conflicto violento con la mundanidad de sacerdotes y diáconos distinguidos. Nos ha dejado él mismo en sus escritos su retrato viviente.

Desgraciadamente, la capital del mundo contribuía demasiado a inocular abundantemente, incluso en los más altos cargos de la Iglesia, lo que el paganismo le había dejado de mundano en su carácter y en sus inclinaciones. Y no era solamente en lo externo que algunos clérigos adoptaban un aire pagano: los mismos vicios de Roma encontraban entre ellos excesiva entrada. Los ejemplos de una vida indigna se multiplicaron entre tales hombres sin vocación, que no habían entrado en el santuario sino por motivos humanos.

A los seglares de alta condición que se dejaban conducir todavía menos por el espíritu de la religión cristiana se dirigen estas vivas palabras de San Jerónimo: «¿Por qué esta noble dama usa de tanta ostentación y solemnidad

*en sus buenas obras? ¿Tiene necesidad de hacerse llevar a San Pedro en una litera abierta y dorada para hacer allí sus limosnas? Ved cómo ella misma cuida de distribuir sus dones, rodeada de sus servidores, entre la turba de los pobres. Naturalmente, Roma entera contemplará el espectáculo de su benevolencia y de su generosidad. ¿Qué necesidad tiene de un heraldo para preparar sus ágapes cristianos? ¿Por qué esta procesión de eunucos que le forma cortejo cuando se acerca a los santos misterios?» (2).*

Anteriores en muy pocos años son los cuadros que el pagano Ammiano Marcelino nos traza del estado moral de las bajas clases sociales, cuadro que creeriase exagerado si no procediese de un pagano que vivía en Roma. No se trata allí exclusivamente de los paganos, y conviene que se saque de las sombras tales cuadros, porque nos hacen ver claramente lo que era la masa en la que debía penetrar el fermento cristiano; y nos hacen así suponer que mucho tiempo después, todavía, la Iglesia se vió obligada a llevar con ella, en esta plebe de las calles, muchos elementos impuros

Según Ammiano Marcelino, esta plebe no conoce otro ideal que los festines, los juegos, el circo y las guaridas del vicio. Habituada a ser alimentada por el Estado, muere de hambre sin las distribuciones públicas de pan, vino y aceite. Sus días corren en la inacción o en las más bajas pasiones, y se queja, sin embargo, de su penoso trabajo. Nada la excita ni la entusiasma sino las carreras y las luchas del circo. Súbitamente todo parece reanimarse: ha sido la victoria de tal o cual caballo de tal o cual color; esto tiene mucha mayor importancia que la resistencia de las legiones a los bárbaros. Los juegos y placeres públicos se han convertido en un verdadero frenesí.

Parecidos a éstos son los cuadros que otros contemporáneos nos han dejado de las costumbres en el Imperio romano en esta época.

San Ambrosio, a quien el ejercicio de las funciones públicas había dado el conocimiento del mundo, nos pinta con irónica fidelidad los bribones que había hallado en las grandes ciudades de Italia. Helos ahí extendidos a la moda oriental en el lugar que han juzgado propio para ser el teatro de sus hazañas. El vapor del vino es para el plebeyo el toque de varita de Circe que lo transforma en un rico y poderoso señor. Los verdaderos ricos, dice Ambrosio, los maestros de la sociedad elegante, están en la mesa coronados de flores y con la cabeza artísticamente peinada. Vacilan como barcos que hubiesen perdido su ancla. Hacen suceder banquetes a banquetes para escapar al aburrimiento que pesa sobre su vida desocupada.

Al lado de este cuadro sarcástico está el que San Ambrosio nos hace de los soldados del ejército romano. Se ve a estos guerreros con sus capas de seda, sus collares de

(1) Serm. 62 (Migne P. L. XXXVIII, col. 420)

(2) Ep. 22. (Migne P. L. XXII, col. 417-18)

oro, sus cinturones y sus vainas doradas. Sus heroicos desafíos no tienen lugar en los combates, sino en la bebida. Su grito de guerra es: ¡Embriaguémonos, por el bien del Emperador! ¡Quien no vacía la copa hasta el fondo es enemigo del Emperador! He aquí unos héroes temibles para el enemigo.

En estas descripciones, San Ambrosio, sin querer, mezcla a su ironía una cierta tristeza. Se comprende que los tipos que describe son para él una imagen del Imperio. Como todos los espíritus profundos, se dejaba invadir por un noble dolor ante el espectáculo de las miserias de la vida pública.

El Imperio se había convertido en un anciano decrepito en la flor de su edad. Por todas partes, oleadas de bárbaros atacaban sus fronteras, lo quebrantaban hasta el meollo de sus huesos; faltaba al Imperio romano fuerza para resistir, y esta falta se debía, sobre todo, al desorden y al vicio en que se abismaba una gran parte de la sociedad.

El espectáculo de este estado moral del mundo romano arranca a San Jerónimo, mucho tiempo antes todavía de la toma y saqueo de Roma por los visigodos, esta exclamación que se ha hecho famosa: «Hace ya mucho tiempo que sabemos que Dios está ofendido y que no pensamos en satisfacerle. Nuestros pecados han creado la fuerza de los bárbaros; nuestros crímenes han asegurado la derrota de los ejércitos romanos. ¡Desgraciados, que obligamos a la ira de Dios a servirse de los bárbaros como de un látigo vengador! Las legiones de Roma sometieron al mundo, y nuestros defensores sucumben hoy a tropas sin disciplina, cuya sola vista les hiela de terror» (3).

«El espíritu se estremece a la vista de las ruinas de nuestra época. —dice el mismo escritor—. Hace ya más de veinte años que en el vasto país que separa Constantinopla de los Alpes Julianos la sangre romana se vierte sin interrupción. Los godos, los sármatas, los hunos, los vándalos, los marcomanos, siembran la desolación, la matanza y el saqueo a través de Scythia, Tracia, Macedonia, Dardania, Dacia; pasean el fuego y el hierro en los campos de Tesalia, de Acaia, del Epiro, de Dalmacia, de Panonia. ¡Cuántos nobles romanos han sido su presa, cuántas matronas y vírgenes la víctima de sus vicios! Los Obispos reducidos a esclavitud, los sacerdotes y los clérigos entregados a la espada, las iglesias saqueadas, los altares de Cristo cambiados en establos, las reliquias de los mártires arrancadas de sus sepulcros; por todas partes la tristeza, los gemidos; por todas partes la imagen de la muerte» (4).

Tales eran en aquella época las lamentaciones de un Padre de la Iglesia en el fondo de Palestina.

En su retiro de Belén, San Jerónimo y los amigos romanos que le rodeaban podían felicitarle de estar alejados del teatro de la desolación. Otro escritor, que sintió la aflicción de estos años calamitosos y cuya voz resonó como la de un Jeremías, vivió en el corazón mismo de las miserias de las invasiones bárbaras. Salviano de Marsella escribió después de la primera caída de Roma, al tiempo que los visigodos habían hecho ya irrupción en su patria, cuando los vándalos habían saqueado España y conquistado las provincias romanas de Africa. (...)

Exclama en un estallido de indignación: «¿Qué mise-

ria, qué abyección puede igualar la nuestra? Y, sin embargo, el mundo romano continúa, en medio de sus calamidades, entregado al placer. Reducidos a la mendicidad, los romanos se divierten. El mañana es para ellos la dura cautividad, y sólo piensan en el circo. Bajo la angustia opresora de la muerte, no se ocupan sino de reír. La cárcel o la muerte nos pisan los talones, y gozamos en los juegos públicos. La muerte nos rodea, y reímos. Se diría que todo el pueblo romano se ha saciado de hierba sardónica. ¡Muere y rie!» «Que nadie piense otra cosa, nadie crea más que esto: la sola causa de nuestra derrota es nuestra corrupción de costumbres» (5).

Con estas últimas palabras, Salviano nos da a conocer uno de los factores más importantes de la caída de la sociedad romana.

Aunque en diversos sentidos, sobre todo en la época moderna, se haya querido hacer a la religión cristiana responsable de este desastre, bajo pretexto de que había matado el espíritu público, debilitado el poder civil, enervado el pueblo y el ejército, Salviano no es el único que piensa de otro modo, y tiene consigo a los mejores escritores de su tiempo, sobre todo San Agustín y San Ambrosio, para refutar brillantemente esta acusación contra la Iglesia.

En contra de las acusaciones sañudas de los paganos de su tiempo, ellos muestran con soberana claridad que la fe y las costumbres cristianas, lejos de dañar al Imperio, dieron al Estado un fermento regenerador. Basta recordar que el concurso particular que la Iglesia prestó al Estado consistió en una lucha, silenciosa y sin ruido, pero incomparablemente fecunda, contra el torrente de corrupción moral desencadenado por el paganismo. Los maravillosos frutos recogidos en este terreno por la Iglesia, tanto entre los romanos como entre los bárbaros, son patentes. Son ejemplos reconfortantes del poder regenerador de la Iglesia los que se dieron entre la aristocracia romana de la época.

Los contrastes morales fueron entonces grandes y violentos; hubo, por decirlo así, dos Romas y dos Imperios romanos.

El exceso mismo de la depravación por un lado excitaba en el otro a las almas generosas a la práctica de las virtudes heroicas. El orgullo de la vida pública excitaba el espíritu de renunciación; el espectáculo terrible del vicio producía la más rigurosa castidad; la licencia de los mundanos empujaba a muchos espíritus reflexivos a buscar en la obediencia monástica el más eficaz medio de salvación. El enorme desarrollo que tomó en esta época en Occidente la práctica de los consejos evangélicos es un hecho innegable. Es natural, y era necesario, que la virginidad, el retiro del mundo, la vida de oración y de renuncia en una pobreza voluntaria hayan tenido en esta época más que en cualquier otra panegiristas entusiastas. San Ambrosio, entre la juventud de Milán; San Jerónimo, como padre de los peregrinos de Belén, recogieron en el mundo tanto femenino como masculino de Roma, discípulos entusiastas de la virginidad y de la penitencia; mientras, el ilustre San Martín llenaba las Galias de austeros monasterios y el Obispo de Hipona veía multiplicarse alrededor suyo en Africa las comunidades religiosas.

(De la «Historia de Roma y de los Papas en la Edad Media»)

(3) Epist. 60 ad Heliodorum 77 (Migne P. S. XXII, col. 601)

(4) Id. 16.

(5) De gubernatione Dei. Col. VII.

Venid, vosotros los benditos de mi Padre, entrad en posesión del reino que os está preparado desde la creación del mundo; porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber... En verdad os digo, cuanto hicisteis con uno de estos mis hermanos más pequeñuelos, conmigo lo hicisteis.

(San Mateo, XXV, 34-40)

# La salvación del mundo por la santidad

En el siglo de la caída del Imperio Romano, el heroico desprendimiento de los Santos salva la civilización antigua

Por el P. HARTMANN CRISAR, S. I.

La historia de Roma durante esta época está bien lejos de estar falta de creyentes célebres y admirables, de personajes brillantes y bien dotados. Ofrece un espectáculo que atrae las miradas tanto de cristianos como de paganos, y su fama se extiende más allá de los límites de la ciudad.

Pammachius, senador, descendiente de cónsules, honor de la antigua familia de los Camilos, como le llama San Jerónimo, brilla en Roma junto a su piadosa esposa Paulina, y renuncia gozosamente a la admiración de sus contemporáneos y a los honores del mundo. El antiguo procónsul abandona sus inmensas riquezas para vestirse una simple túnica y convertirse en servidor de los «Hermanos de Cristo», de los necesitados y de los indigentes. Los diamantes, las perlas, los joyeles, dice San Jerónimo, que habían servido de gala a su esposa, se trocaron en pan para los hambrientos; los brocados de seda y oro que decoraban su palacio, en lugar de continuar allí como un alarde de vanidad mundana, se transformaban en lanas groseras que cubrían el cuerpo de los que padecían frío. Todo lo que había servido de lujo a sus antepasados convertíase en instrumento de la virtud. El mismo palacio, visitado en otro tiempo por la multitud de amigos y aduladores, está invadido por la miseria bajo todas sus formas; antes, Pammachius iba por la villa acompañado por un ejército de esclavos y clientes; hoy día, apenas se le divisa, y los pobres que le están reconocidos forman su cortejo de honor. Otros derrochan oro y riquezas para atraer al pueblo por medio de juegos y placeres y conquistar la dignidad consular; este romano emplea solamente sus tesoros para conquistar el cielo.

Unos dos años después de la muerte de su esposa, Pammachius fundó (398), con lo que le quedaba de su fortuna, un hospital en Portus Romanus, en la desembocadura del Tiber. Allí se recibía a los enfermos sin recursos y a los extranjeros pobres que llegaban por mar; encontraba abrigo, cuidados y apoyo. Era un placer para el fundador servir en persona a los alojados en su hospicio. Imitaba la humildad enseñada por el Salvador. Tal abatimiento no podía dejar de despertar vivas críticas en los círculos aristocráticos. Por lo tanto, podía un anciano cónsul de Campania que conocía bien la decadencia moral de Roma, escribir entonces las siguientes palabras: *¡Oh, Roma, no has de temer los juicios con que Dios te amenaza! Es verdad que mereces ser llamada la Babilonia del Apocalipsis; pero si tus senadores no dan más espectáculos que los de la beneficencia y caridad, no estás perdida.*»

De este modo se expresaba el Aquitano Paulino, que después de su conversión al cristianismo había renunciado también a los más altos honores. En Roma había enardecido con su ejemplo a sus hermanos en la fe, y ahora vivía retirado en el burgo de Nola, en la paz y soledad del trabajo. Poeta, brilló por la delicadeza de su pensamiento y la perfección de la forma; por sus virtudes y su experiencia del mundo, le designaron en 509 Obispo de Nola. En su ministerio, el mayor y más querido de sus deberes era el cuidado de los pobres. Una de sus poesías expresa todo el ardor y el interés que tomaba para su ali-

vio. Le da ocasión para mostrar uno de estos establecimientos tan frecuentes en casa de los cristianos de esta época. Instalada en el triclinium vemos una multitud pobremente vestida, pero satisfecha; oímos las alegres expansiones de los ancianos, el parloteo de las mujeres que pasean en grupos, y hasta vemos los fieles canes que el poeta no ha olvidado en su descripción.

Invitamos al lector a visitar con nosotros las ruinas de uno de los hospitales cristianos de esta época. Es precisamente el de Pammachius, situado en Portus Romanus, cuyos restos se han encontrado en nuestro tiempo cerca del puerto de Trajano.

Es extremadamente espacioso. Su patio cuadrado (*quadriporticus*) está rodeado de galerías en tres de sus lados, que conducen a unas salas rectangulares. El cuarto está cerrado por una basílica de tres naves sostenida por pilas-tras, con un amplio ábside redondeado, flanqueado por diversas habitaciones. El estado de las ruinas no permite darse cuenta exacta de si esta basílica fué construída para algún fin civil o si desde el principio fué ya una iglesia. Algunos fragmentos de inscripciones en caracteres análogos a los que Farius Dionysius Philocalus empleó para los trabajos del Papa Dámaso, sitúan a fines del siglo IV la fecha de la construcción. En la fuente situada en medio del patio se han encontrado versos escritos por San Jerónimo a propósito para un monumento de esta clase, invitando a gustar la fresca agua a todos los que tengan sed.

Según la costumbre de los siglos IV y V, se empleó para la construcción materiales procedentes de otros edificios; lo prueban las columnas y capiteles decorados con groseras representaciones del candelabro de los siete brazos de Jerusalén, procedentes sin duda de algún antiguo edificio judío. En cambio, los utensilios encontrados tienen signos cristianos; platos, chucharas, copas, vasos, botellas, están decorados con la cruz latina o el monograma de Cristo. Una lámpara con este monograma tenía la forma de vaso. Otro fragmento de vaso muestra una imagen particularmente notable: se ve al Salvador entregando a San Pedro una tablilla con la inscripción «La Ley del Señor». Es una escena que gustaba mucho en la Roma del siglo IV y que se encuentra en muchos monumentos.

El hospital de Portus es el más antiguo hospital que ha encontrado la arqueología cristiana.

\* \* \*

En los tiempos de Pammachius y Paulino y en los que les siguieron, numerosos hombres y mujeres descendientes de las más ilustres familias patricias dieron a Roma brillantes ejemplos de vida austera y de generosa beneficencia. Se cuentan entre ellos los descendientes de los más antiguos linajes, de un Paulo Emilio, de un Marcelo, de los Fabios, de los Gracos, de los Scipiones, de los Bassus. A estos últimos pertenece Julius Bassus, prefecto de la villa, conocido por su sarcófago hallado en la cripta de San Pedro y que es uno de los más bellos ejemplares de su género.

Otro sarcófago artístico, también cristiano y no menos notable, es de Petronius Probus, cónsul en el año 371, y que se encuentra en la Basílica Vaticana, cerca de la Piedad de Miguel Ángel.

No es raro encontrar a hombres procedentes del rango senatorial, que habían ejercido las más altas magistraturas del Estado, renunciando a ellas en aras del ideal cristiano, para merecer este nombre y vivir como tales, ya sea con vida piadosa dentro del mundo o bien en el retiro de una tranquila celda.

En su morada principesca del Aventino vivía Santa Marcela con su madre Albina y su hermana Asella. Se absorbía en las obras de virtud, en las lecturas sagradas, en la meditación de los libros santos. Cuando quedó viuda, después de siete meses de un desposorio feliz, rechazó la mano de Cerealis, tío del emperador Gallus. Reunió una sociedad de damas de la aristocracia romana que compartían sus sentimientos y los impulsos generosos de su corazón, y fundó, bajo la dirección de San Jerónimo, la primera comunidad religiosa de Roma.

Marcela tenía un rival en la generosidad y en el renunciamiento en la ilustre y virtuosa Paula, una de cuyas hijas, Paulina, había sido la esposa de Pammachius. Su otra hija, Basila, que le había arrebatado una muerte prematura, había conquistado gran renombre por su cultura intelectual; conocía el latín, el griego y el hebreo, y tenía en la mano continuamente las Sagradas Escrituras, según atestigua San Jerónimo. Paula misma, dejándose llevar del poderoso atractivo de los Santos Lugares, distribuyó sus riquezas entre los pobres, y huyendo con su otra hija Eustaquia de las vanidades de Roma, fundó en Belén un monasterio, donde se acogió con otras compañeras.

Desde allí le escribe a su amiga Marcela, de Roma, las delicias de su soledad: *«La Iglesia de Roma, a la sombra de la cual vos vivís, es, sin duda, una santa Iglesia que santifica el trofeo de los apóstoles y de los mártires, y la verdadera fe predicada por el apóstol que vive entre vosotros y cada día ve afirmarse el triunfo del nombre cristiano sobre las ruinas del paganismo... Aquí, en Palestina, en el mismo solar de Cristo, todo es paz y sencillez... Donquiera que se dirijan los pasos se oye al labriego sobre su carreta murmurar las alabanzas de Dios; el misionero se detiene cantando los salmos; el viñador que corta los sarmientos tiene en sus labios las palabras de David. Son los cantos de amor de este país, las melodías de los pastores, las canciones de los labriegos.»* Mezclando a estas alabanzas las más severas censuras sobre la inmoralidad de Roma, dirigía a sus amigas una elocuente invitación. *«Babilonia está destinada a la destrucción.»* *«Salid, pueblo mío, salid de esta villa —exclama con el Apocalipsis—, para no ser cómplice de sus delitos y para no tener parte en los azotes que la afligirán.»* Y añadía con Jeremías, como por una visión de las repetidas invasiones de los bárbaros: *«Salid de Babilonia y poned en seguridad vuestra vida; ved que la gran ciudad va a perecer, la gran Babilonia será aniquilada.»*

Movidos por el espíritu cristiano, no pocos romanos ilustres iban a establecerse a los lugares de Palestina santificados por la presencia del Salvador. Preparaban, sin duda alguna, refugios para una porción numerosa aún de la aristocracia romana que tendría que refugiarse allí en los terribles días que se iban a abatir bien pronto sobre Roma. La Jerusalén de Oriente estaba destinada a recoger muchos desgraciados que huían del desastre que amenazaba a la ciudad tiberina.

Para los romanos de esta época fué también un ejemplo admirable la viuda Lea, también rica en cualidades y en fortuna. Como Marcela, era en la ciudad el centro de un círculo de vírgenes piadosas. Rodeada en otro tiempo de un ejército de esclavas, dicen los testigos, nunca fué tan feliz como en medio de sus protegidas, constituyendo un modelo de humildad placentera.

En las relaciones intelectuales de San Jerónimo encontramos muchos personajes de alto rango. Entre otros que sostenían correspondencia con este padre de la Iglesia, y a los que llamaba y trataba como hijos en las cartas. Con Marcellino y Domnion, encontramos al noble Océanus, un laico al parecer. Océanus era apasionado por el estudio y compartía la predilección de San Jerónimo, su maestro, por las Sagradas Escrituras. Domnion era, por su parte, un presbítero sabio y asceta. Sus virtudes y su generosidad le han reportado, como a la mayor parte de los que hemos hablado, los honores del culto litúrgico.

El rico Pinianus se desposó en 397 con la piadosa Melania la joven, nieta de Melania la anciana, célebre por su distinción y su influencia religiosa. La casa de Pinianus era de las primeras de la capital. Los esposos siguieron las huellas de Melania, la anciana. Vivieron siete años en Roma como hermanos, edificando a los fieles con sus ejemplos y sus limosnas. Después llevaron a cabo lo que ya proyectaban desde largo tiempo atrás. Despojáronse de un golpe de sus inmensas riquezas para atender a sus hermanos y para dedicarse a los piadosos ejercicios de la perfección espiritual. Se ha encontrado recientemente la narración de su vida, hecha sin pretensiones literarias, pero escrita por uno de sus familiares atendiendo sólo a la fidelidad de los hechos. No puede leerse sin emoción cómo Pinianus y Melania sentían el peso de su sacrificio. Sus almas retrocedían más de una vez ante la grandeza de su resolución. Toda gran renuncia es dolorosa para la naturaleza humana, y estos esposos no han escapado al dolor y son como los demás caracteres heroicos de esta época. Ha hecho bien el biógrafo en dejar ver el aspecto humano de este dolor, por el que se nos muestra la vida activa y dolorosa de los santos. En su sencilla exposición, el narrador nos hace revivir la vida de los piadosos esposos, contemplando su magnífica villa emplazada sobre el mar, dedicando sus miradas a los encantadores jardines, los baños de mármol, las vastas campiñas, los bosques, los lagos con sus viveros de peces. Se acuerdan de la inmensidad de sus dominios, de sus cuatrocientos esclavos, trabajadores y fieles, que los cultivan; y se les puede oír cómo se preguntan: *«¡Abandonarlo todo, todo, para adquirir bienes invisibles!»*

Melania compara este paso doloroso hacia la pobreza al esfuerzo que se hace para atravesar la hendedura de una gruesa muralla: una vez pasada esta estrecha abertura, se descubren inmensos espacios y atmósfera libre. Son dichosos con la felicidad que el sacrificio de sus riquezas procura a los desgraciados, y levantando la mirada hacia el cielo, hacia el bien eterno, llevan la cruz del renunciamiento para unirse a la cruz que llevó el Salvador. *«Por el abandono de nuestras riquezas terrestres —dice Melania—, nosotras tendremos riquezas imperecederas, aquellas que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón sintió, aquellas que Dios ha reservado a los que le aman... Los bosques pueden ser destruidos, las campiñas devastadas; los bienes por los cuales nosotros los hemos cambiado son bienaventuranza eterna.»*

(De la «Historia de Roma y de los Papas en la Edad Media».)

Buscad primero el reino de Dios y su justicia: y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

San Mateo, 18, 34

# La voz de los Vicarios de Cristo

Si recorremos con la mente la larga y dolorosa serie de males que, como triste herencia del pecado, han señalado al hombre caído las etapas de su peregrinación sobre la tierra, desde el Diluvio hacia acá, difícilmente nos encontraremos con una calamidad espiritual y material tan profunda y tan universal como la que padecemos ahora...

Estado de cosas es éste digno de llorarse... Pero todavía es más lastimosa la raíz de donde brotan; ya que, si es siempre verdadero lo que afirma el Espíritu Santo por boca de San Pablo: **La raíz de todos los males es la codicia**, mucho más vale en el caso presente. ¿No es por ventura la codicia de bienes terrenos, que el poeta pagano llamaba ya con justo desdén: **auri sacra fames**; no es acaso el sórdido egoísmo, que con demasiada frecuencia preside las mutuas relaciones individuales y sociales; no es, en suma, la codicia, de cualquier especie y forma que sea, la que ha arrastrado el mundo al extremo que todos vemos y todos deploramos?

(Pío XI, Enc. «Caritate Christi Compulsis»)



«Los que esperaban obtener del mecanismo del mercado económico mundial la salvación de la sociedad han quedado tan desengañados porque habían llegado a ser, no señores y dueños, sino esclavos de las riquezas materiales, a las que habían servido, desligándolas del fin supremo del hombre, y haciéndolas fin en sí mismas.»

(Pío XII, Mensaje de Navidad de 1943)



Dirigimos una paternal exhortación a aquellos que colocan toda su esperanza en las promesas de una doctrina y de unos jefes, que se profesan explícitamente materialistas y ateos.

Humillados y oprimidos, por muy triste que sea vuestra condición, quedando vivo en vosotros el derecho de reivindicar lo justo, y en los otros el deber de reconocérselo, recordad que poseéis un alma inmortal y un destino trascendente.

Solamente una sociedad iluminada por los dictámenes de la fe, respetuosa con los derechos de Dios, segura de la cuenta que sus jefes responsables deberán dar al Juez supremo en lo íntimo de su conciencia y en la presencia de los vivos y de los muertos; solamente una sociedad así sabrá reconocer e interpretar rectamente vuestras necesidades y vuestras justas aspiraciones, defender y propugnar vuestros derechos, guiaros sabiamente en el desempeño de vuestros deberes, según la jerarquía de los valores y la armonía de la convivencia doméstica y civil, establecidas por la naturaleza.

No olvidéis que sin Dios la prosperidad material es para quien no la posee una atormentadora herida; pero para quien la tiene un alago mortal.

(Pío XII, Mensaje de Navidad de 1949)



### «Omnia tibi dabo...»

Jesús fué conducido por el Espíritu al desierto para que fuese tentado por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió: Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios...

Todavía le subió el diablo a un monte muy encumbrado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, y le dijo: Todas estas cosas te daré si, postrándote delante de mí, me adorares. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás: porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y a El sólo servirás.

*San Mateo, IV (1-4-8-10)*

## A la pobreza de espíritu son llamados todos los cristianos

Por el P. Luis de LA PALMA

De dos maneras podemos ejercitar e imitar la pobreza y humildad de Jesucristo nuestro Señor. La primera es con sólo el afecto, teniendo el corazón libre del amor desordenado de las riquezas y de las honras de este mundo, y antes aficionado a todo lo contrario. La segunda, también con el afecto, experimentando la falta de las cosas temporales, y los desprecios y deshonras del mundo, como las experimentó el Salvador y sus apóstoles, a los cuales dijo: «Acordaos de lo que muchas veces os he dicho, que el siervo no ha de querer ser más que su Señor, ni el discípulo más que su maestro, ni el apóstol mayor que el que le envía. Si me han perseguido a Mi, también os perseguirán a vosotros, y si al Padre de familias han deshonrado y llamado Belzebú, ¿cuánto más deshonrarán a sus domésticos y criados?» (1). Así, que muchas veces dispone Cristo nuestro Señor las cosas de manera que su pobreza y sus deshonras, y finalmente su cruz, no solamente las abracemos con el afecto, sino también con el efecto: aquello primero pertenece al segundo grado de los proficientes, y esto segundo al tercero de que hablaremos después.

Entre estos dos grados hay una diferencia, que se debe advertir con consideración, y es que al primer grado de la pobreza y humildad de espíritu, y al despreciar con el afecto todas las cosas, son llamados generalmente todos los cristianos, so pena de no serlo más que en el nombre, sin exceptuar estado ni condición alguna; pero al segundo de la pobreza y humildad actual y con el efecto, ni son llamados todos, ni los que lo son es en el mismo grado. Lo primero, que todos los cristianos sean llamados a la pobreza de espíritu y a la humildad del corazón, es cosa cierta y la razón está clara. Porque todos los cristianos, de cualquier estado y condición que sean, son llamados generalmente a la perfección, pues con todos hablaba el Salvador y a todos predicaba cuando dijo: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial» (2). Y porque la perfección cristiana consiste en la perfección de la caridad y del amor de Dios, así como no es posible haber en un corazón el amor del mundo con el amor de Dios, así no puede haber la perfección con el amor de las honras y riquezas del mundo. Y siendo así, que todos son llamados a la perfección, siguese también que todos son llamados al desprecio de las honras y de las riquezas, y a la pobreza de espíritu y humildad de corazón, que principalmente consiste en renunciar todos estos bienes, por lo menos con el afecto.

Esta doctrina nos enseñaron los doctores sagrados, y antes de ellos los santos apóstoles, y antes de éstos Cristo nuestro Señor en su Evangelio. Porque el apóstol Santiago llama adúlteros a los que ponen su amor en los bienes de este mundo y le quitan por el mismo caso de Dios, que es su legítimo y verdadero bien. «Adúlteros —dice—, ¿no sabéis que la amistad de este mundo es enemiga de Dios? Porque cualquiera que quisiera ser amigo de este siglo, se hace enemigo de Dios» (3). Y el bienaventurado San Juan, en su primera canónica dice: «Si alguno pusiere su amor en el mundo, la caridad de Dios no está con él. Porque todo cuanto hay en el mundo, o es concupiscencia de la carne, que es amor de los regalos y deleites; o es concupiscencia de los ojos, que es amor de las

riquezas temporales; o es soberbia de la vida, que es amor de las honras mundanas, los cuales amores ni son de Dios ni proceden de Dios, sino del mundo» (4). Luego, el que quiere tener perfecta caridad y amor de Dios debe, en primer lugar, desocupar su corazón del amor de los bienes del mundo; porque si la caridad perfecta es amar a Dios de todo corazón y con todas las fuerzas, ¿cómo puede emplear en Dios todas las fuerzas ni darle todo el corazón quien lo tiene ocupado todo, o la mayor parte, con la afición de las riquezas y honras de este mundo?

Esta es la doctrina evangélica y la enseñanza apostólica con que se crió desde sus principios la santa Iglesia; y éstos son los fundamentos firmes de todo el edificio espiritual, que se funda y estriba sobre la pobreza de espíritu y desprecio de las riquezas, y sobre la humildad de corazón y desprecio de las honras. Y así como todos los cristianos deben, cada uno en su estado, procurar la perfección, así deben hacer este propósito, y andar este paso de la pobreza y humildad, por lo menos con el afecto. Porque no dijo Santiago el religioso, o el monje, que tuviera amor de este siglo, por el mismo caso se hace enemigo de Dios, sino sencillamente: Cualquiera que quisiera ser amigo de este siglo se hace enemigo de Dios. Ni dijo San Juan, el religioso, que tuviera amor de este siglo, la caridad de Dios no está en él, sino cualquiera que amare las cosas de este mundo no está en él la caridad de Dios. En lo cual hace fuerza San Basilio por estas palabras: ¿No te parece, por ventura, dice este santo, que los Evangelios se predicaron también para los casados? (...)

Sea, pues, principio cierto y asentado, que los que tratan de caminar adelante en su aprovechamiento espiritual, han de tener libre su corazón del amor de las riquezas y de las honras mundanas, y traer siempre delante lo que nos aconseja el discípulo amado del Señor: No queráis amar el mundo, ni las cosas que están en él, porque el mundo se acaba y todo lo que se puede desear en él (5).

Siendo esto tan cierto, que todos los cristianos son llamados a la pobreza y humildad de espíritu, y que, por lo menos con el afecto, se deben conformar con la imagen de la humildad y pobreza del Hijo de Dios; no es menos cierto que todos son llamados a la pobreza y humillación actual, de manera que en el efecto sientan los oprobios y tengan parte en las deshonras y en la desnudez de nuestro Salvador...

Pero, para no engañarnos en este punto, se debe advertir mucho que la pobreza espiritual, que, como hemos dicho, pertenece a todos, no puede ser verdadera si no está un hombre de tal manera dispuesto que abraza también la pobreza actual, siempre que entendiere ser ésa la voluntad de nuestro Señor y su mayor gloria. Porque, ¿qué cosa es pobreza espiritual sino amor a la pobreza actual en caso que se sirva Dios con ella? En lo cual padecen algunos grande engaño pretendiendo quitar el afecto y amor de las riquezas, pero de tal manera y en tal condición, que no las han de dejar, sino quedarse con ellas. De manera que, presupuesto que no han de dejarlas con efecto, en lo demás son muy liberales en dejarlas con el afecto. Este es un grande engaño y manifiesto impedimento.

(De la obra *Camino Espiritual*, Libro II, cap. X.)

(1) Matth. X, 24, 25; Luc. VI, 40; Joann. XV, 20.

(2) Math. V, 48. — (3) Jacob. IV, 4.

(4) Joann. II, 15-16.

(5) Joann. II, 15, 17.



# El deber de la beneficencia es inseparable del derecho de propiedad

Por el P. Mateo LIBERATORE

Oigamos acerca de esto a Santo Tomás. Distingue este Doctor, acerca de los bienes corporales, dos cosas: la *posesión* y el *uso*. En cuanto a la posesión, enseña que es lícita a la persona privada. Y más, dice que tal posesión es necesaria para la vida humana. Mas en cuanto al uso, añade que no debe el hombre tener como propios esos bienes, sino en calidad de comunes, de modo que *haga de buen grado participantes de ellos a los menesterosos*. Por esto el Apóstol, escribiendo a Timoteo, dice (Epist. I, VI, 17): «Manda a los ricos de este mundo que sean fáciles en dar y en comunicar con otros parte de sus propios bienes» (1).

Lo mismo enseña en otro sitio, diciendo: Los bienes temporales que el hombre recibe de la Providencia divina son de él en cuanto a la propiedad; mas en cuanto al uso, deben ser, no de él solo, sino también de los otros a quienes socorra con lo que le sobra (2). Y esto es precisamente lo que mandó Cristo nuestro Señor en el Evangelio con estas formales palabras: *Quod superest, date aleemosynam* (Luc., XI). El propietario, por el mero hecho de serlo, está obligado a ser bienhechor. Es como un ministro de la Providencia divina, la cual obra en el mundo y lo gobierna mediante las causas segundas. Así queda a salvo la propiedad de los asaltos del socialismo, y se la presenta como un bien para aquellos mismos que carecen de ella; tan lejos está de perjudicarlos.

En el sistema divino todo está bien tratado y es digno de admiración, si el hombre, abusando de su libertad, no perturba la armonía del mismo. Si la propiedad hiciese imposible el mantenimiento de una parte del género humano, entonces sí que existiría desorden y delito; mas no lo hace, porque la unió Dios al deber de la beneficencia, en virtud del cual está obligado el que tiene de más a socorrer con lo superfluo al que escasea, esto es, al pobre: *Mendicus est qui ab alio petit; pauper qui sibi non sufficit* (3).

De este modo los dos elementos, pobreza y riqueza, que parecen a primera vista opuestos entre sí, se concilian perfectamente; pues mientras mantienen la diversidad de condiciones, sin la cual no podría subsistir la sociedad civil, se prestan el uno al otro mutua ayuda y consuelo. El rico, sin el trabajo del pobre, no podría conservar sus riquezas, y el pobre, sin el dinero del rico, no hallaría refugio en sus aprietos. Ambos, además, quedan recíprocamente unidos con afectuosas relaciones; el uno como dador benévolo y el otro como agraciado reconocido; y ambos se ven unidos entre sí en los planes de Dios; el cual, si quiso en el pobre respeto a la propiedad del rico, quiso en el rico la beneficencia para alivio del pobre. *Pauper et dives obviaverunt sibi; utriusque operator est Dominus* (4). Entendida así la propiedad sobre la tierra, no hay socialista que pueda impugnarla.

## Lo superfluo

Debemos aquí aclarar tres puntos, y seguiremos en esto a Santo Tomás. El primer punto es qué debe entenderse por superfluo. El santo Doctor nos enseña que lo

superfluo debe entenderse en sentido relativo a la persona, mirada, no sólo según su condición social, sino también según la obligación que tiene de proveer a aquellos sobre quienes ejerce un cuidado especial, cuales son los miembros de su familia (5). A la verdad, de un modo se ha de tomar lo que excede a lo necesario en un pechero y en un artesano; y de otro en un noble o un magistrado. Y asimismo, uno es el excedente en quien vive solo y sin hijos, y otro en quien tiene mujer y se ve rodeado de numerosa familia. Verdad es que de este modo no ofrece poca dificultad el juicio en orden a lo superfluo, atendida la mayor o menor extensión a que se presta aquel concepto, y las tinieblas con que el egoísmo, la ambición o el amor desmedido de los propios pueden oscurecer el entendimiento; pero se facilita mucho con la idea religiosa, como veremos más adelante.

El otro punto es la naturaleza de la obligación que tiene el rico de dar lo superfluo a los necesitados; resueltamente afirmamos que la obligación es *grave*; porque proviene de una ley rigurosa de la naturaleza. Las cosas que *sobran* al rico, dice en términos expresos Santo Tomás, son debidas por *derecho natural* al mantenimiento de los pobres. Y la razón es clara, porque el derecho de todo hombre a vivir de los frutos de la tierra es *primario*, quiere decir, de aquellos que inmediatamente proceden de la naturaleza, y se llaman, por lo mismo, de *jure naturalis*; mientras que el derecho de *propiedad* es *secundario*, quiere decir, de aquellos que proceden de la naturaleza mediatamente, y se llaman, por esto, de *jure gentium*; si-guese de aquí que, en la colisión de ambos, ha de ceder este último en la parte que las cosas poseídas exceden a las necesidades del poseedor. El derecho de apropiarnos las cosas fué concedido por la naturaleza, no en modo absoluto, sino respectivamente a su fin. En este fin, el asegurarse para lo sucesivo, de un modo pacífico, cierto y abundante, los frutos de la tierra necesarios a la propia conservación y a la de aquellos a quienes tenemos obligación de proveer. Mas si esos frutos pasan de dicha medida, y, por otra parte, existen personas a quienes falta lo necesario, aquel excedente no hay razón para que pertenezca al poseedor, pues resultaría en manifiesto daño de los otros; los cuales, teniendo absoluto derecho a conservar la vida, no tienen más medio de conservarla. Ese excedente debe distribuirse a éstos como mantenimiento que les da la naturaleza. Quien lo retiene para sí, viola gravemente la ordenación divina, y se arroga un derecho que nadie le concede. Dios concedió el derecho de propiedad bajo condición de que se dé a los pobres lo superfluo. Por esto exclama justamente San Basilio contra el que retiene ese excedente: «¿Cómo no has de ser tú un ladrón, si tienes por propio lo que has recibido para distribuirlo a otros? Del hambriento es aquel pan que tú reservas; del desnudo, aquel vestido que tú encierras en el armario; del descalzo, aquellos zapatos que tú dejas enmohecerse; del indigente aquel dinero que tú escondes bajo tierra; por lo que haces al prójimo otras tantas injurias cuantas son las cosas que podrías darle y no le das» (6).

Se dirá: Si ese excedente es propiedad de los pobres,

(1) *Aliud, quod competit homini circa res exteriores, est usus ipsarum; et quantum ad hoc non debet homo habere res exteriores ut proprias set ut communes, ut scilicet de facili aliquis eas communicet in necessitate aliorum. Unde Apostolus dicit (I ad Timoth. ultimo 17). Divitibus huius sacculi praecepe... facile tribuere, communicare de bonis, etc. — Summa Th., 2a 2ae, q. LXVI, a. 2.*

(2) *Bona temporalia, quae homini dixit conferuntur, ejus quidem sunt quantum ad proprietatem; sed quantum ad usum, non solum debent esse ejus, sed etiam aliarum, qui ex eis sustentati possunt ex eo quod est superfluum. — Summa Th., 2a 2ae, q. XXXII, a. 5 ad 2.*

(3) Casiodoro en SANTO TOMÁS, *Summa Th.*, 2a 2ae, q. CLXXXVII, a. 5.

(4) Prov., XXII, 2.

(5) *Dico superfluum non solum respectu sui ipsius, quod est supra id quod est necessarium individuo, sed etiam respectu aliorum quorum cura ei incumbit: respectu quorum dicitur necessarium personae, secundum quod persona dignitatem importat. — Summa Th., 2a 2ae, q. XXXII, a. 2.*

(6) *Nonne spoliator es tu, qui, quae dispensanda accepisti, propria repulas? Est panis famelicis, quem tu tenes; nudi tunica, quam in conclavi conservas; discalceati calceus, qui penes te marcescit, indigentis argentum, quod possides inhumatum. Quocirca tot injurias, quod dare valens es. — Hom. super illud. Luc., 12: Dextram horrea mea.*

¿cualquiera podrá tomárselo para sí contra la voluntad del poseedor, sin que esto sea un robo? Responderemos negando tal consecuencia: porque aquel excedente es debido a los pobres en general, mas no a tal o cual pobre; y como no puede ello bastar para todos, queda al arbitrio del poseedor a quién ha de dar la preferencia entre muchos pobres (7).

En esta decisión es preciso guardar el orden que prescribe la razón; y éste es el tercer punto que intentamos esclarecer. Según dijimos, la beneficencia nace del amor que debemos al prójimo, y el tal amor es mayor o menor, según la mayor o menor proximidad que el otro tiene con nosotros. Y ésta es la regla que en igualdad de circunstancias debe guiarnos en la distribución de las limosnas. Por consiguiente, a los amigos se anteponen los parientes, según el diverso grado del parentesco. Los amigos se anteponen a los simples conciudadanos, los conciudadanos a los compatriotas, y los compatriotas a los extranjeros (8). Por lo demás, esta regla no es invariable en todos los casos; pudiendo suceder que la mayor indigencia de quien nos es menos conjunto, o su más estrecha relación con el bien público, nos aconseje obrar de otra manera: por lo cual toca a la prudencia la aplicación concreta de aquella regla (9).

Exceptuase el caso de una necesidad *gravísima* y tan urgente que no sufra demora: Los moralistas la llaman necesidad *extrema* o *casí extrema*. En tal aprieto, puede el hombre coger lo que necesite para ocurrir a aquella necesidad propia, en la que no pueda valerse de otro modo (10). Ni el que se apodera así de lo ajeno, bien que sea sin la voluntad del dueño y aun contra la misma, comete, hablando con propiedad, ningún hurto o rapiña; porque lo grave de la necesidad y la urgencia del caso hace que aquel objeto sea debido a tal determinado pobre (11).

## La idea religiosa

Hemos demostrado evidentemente, a lo que creemos, que el rico está naturalmente obligado a dar lo superfluo de sus riquezas a los pobres, y que por superfluo se entiende lo que excede las exigencias propias y de la familia, según el grado que la persona ocupa en la sociedad. Mas aquí está la verdadera dificultad. ¿Cuál es ese sobrante? Respecto a lo necesario, entendido relativamente al grado social de la persona y de aquellos que le pertenecen, no hay un límite del todo fijo. La añadidura de muchas cosas no lo traspasa, ni lo anula la sustracción de otras muchas (12). Agréguese a esto que el egoísmo, la ambición,

el lujo, influyen potentemente en trastornar el juicio recto, hasta tenerse por necesario a la propia condición lo que verdaderamente no lo es. De donde viene a resultar, en definitiva, que nunca se encuentra el tal excedente, o, si se halla, es un grado muy inferior a la apreciación verdadera. Tiene esto lugar mayormente en el orden o, mejor, desorden social de estos tiempos, en los que la condición de cada uno se mide con la riqueza que posee. Aquél es de condición más alta porque posee una fortuna más copiosa. En tal caso, es imposible hallar cosa superflua, porque la medida se ha confundido con lo que debía medirse.

En tal estado de cosas, donde difícilmente se hallaría salida, viene a darnos la mano la Religión. Esta convierte el acto de beneficencia en acto de amor a Dios, y lo liga estrechísimamente con el mismo ordenado amor que el hombre se debe a sí propio. De este modo añade un eficazísimo estímulo al ejercicio de la beneficencia, y quita toda su fuerza a los cálculos engañosos del egoísmo.

El apóstol San Juan dice así en su primera epístola: «Quien tiene bienes temporales y viendo en necesidad a su prójimo le cierra el corazón, ¿cómo puede este hombre conservar el amor de Dios» (13).

Abiertamente nos enseña aquí el Santo Apóstol que quien no ejercite la beneficencia con el prójimo no ama a Dios. Y la razón es clarísima, puesto que la beneficencia es secuela necesaria del amor de Dios (14). De aquí el enseñar los teólogos que en el cristianismo la razón de amar al prójimo es Dios, y que los dos amores tienen un acto especialmente idéntico (15).

Además, la idea religiosa nos representa el socorro que damos a los pobres como medio indispensable para conseguir la salvación eterna. Empieza la Religión por aterrar a los ricos. ¡Ay de vosotros, oh ricos!, que tenéis aquí abajo vuestro contentamiento (16). Más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que el rico entre en el reino de los cielos (17). Por eso aconseja al rico que se gane la amistad de los pobres, socorriéndolos en sus necesidades para que se lo agradezcan, acogiéndole en las moradas eternas (18). Y con razón, porque *de jure* el reino de los cielos es propiedad de los pobres, *Beati pauperes, quia vestrum est regnum Dei*. Siendo propiedad de ellos el reino de los cielos, sólo ellos pueden abrir sus puertas a los ricos. Luego para el rico que quiera salvarse, es condición *sine qua non* tener obligados a los pobres con la beneficencia. Esta virtud vale para él inmensamente más que el acumular tesoros (19). Como el rico es propietario de los bienes terrenos, así el pobre es propietario del reino de los cielos. Es menester que se comuniquen el uno al otro los servicios; el rico da al pobre *de mammona iniquitatis*, y el pobre abre al rico las puertas del cielo (20).

Con esta norma bien se ve cuán fácil es hallar bienes superfluos que dar a los pobres. El acto de beneficencia para con ellos se ha convertido en acto de amor a Dios, y en precio para conseguir la salvación eterna.

Uno y otro motivo ha querido nuestro Señor Jesucristo hacérselo sensible y concreto cuando elevó la persona del pobre a representante de su misma Persona. Apenas lo creeríamos si el mismo Señor no nos lo hubiese manifes-

(7) *Quia multi sunt necessitatem patientes, et non potest ex eadem re omnibus subveniri, committitur arbitrio uniuscujusque dispensatio propriarum rerum, ut ex eis subveniat necessitatem patientibus.* — SANTO TOMÁS, lugar poco ha citado. «Otras razones se sacan de los mismos teólogos para confirmar esto mismo, que no es el pobre quien ha de juzgar el deber de cada rico, ni si lo cumple o no; y que, aun dado que no lo cumpla, no peca contra la justicia, sino contra la caridad; y, por fin, que, aun dado que pecase contra la justicia, no toca a los particulares tomársela por su mano. Ni prueban otra cosa las palabras de San Basilio, entendidas como se debe.»

(8) *Exhibitio beneficiorum, dice Santo Tomás, est quaedam actio charitatis in alios. Et ideo oportet quod ad magis propinquos minus magis benefici.* — *Summa Th.*, 2<sup>a</sup> 2<sup>a</sup>, q. XXXI, a. 3.

(9) *Si autem duorum unus est magis conjunctus et alter magis indigens non potest universali regula determinari cui sit subveniendum; quia sunt diversi gradus et indigentiae et propinquitatis: sed hoc requirit prudentis judicium.* — *Summa Th.*, q. XXXI, a. 3 ad 1.

(10) *Si tamen adeo sit evidens et urgens necessitas, ut manifestum sit instanti necessitati de rebus occurrentibus esse subveniendum (puta cum imminet personae periculum et aliter subveniri non potest), tunc licite potest aliquis ex rebus alienis suae necessitati subvenire, sive manifeste sive occulte sublatis.* — SANTO TOMÁS: *Summa Th.*, 2<sup>a</sup> 2<sup>a</sup>, q. LXVI, a. 7.

(11) *Nen habet rationem furti proprie loquendo, quia per talem necessitatem efficitur suum id, quod quis accipit ad sustentandam propriam vitam.* — *Ibid ad 2.* «Además en tal caso se la debe de justicia, y como la premura no le da tiempo para recurrir a la autoridad, por eso el pobre puede coger por sí lo necesario: es excepción que confirma la regla antes dada.»

(12) *Hujusmodi necessari terminus, observa Santo Tomás, non est in indivisibili constitutus. Sed multis additis, non potest judicari esse ultra tale necessarium; et multis sublatis, adhuc remanet, unde possit convenienter aliquis vitam transigere, secundum proprium statum.* — *Summa Th.*, 2<sup>a</sup> 2<sup>a</sup>, q. XXXII, a. 6.

(13) *Qui habuerit substantiam hujus mundi, et viderit fratrem suum necessitatem habere, et clauserit viscera sua ab eo, quomodo charitas Dei manet in eo?* — S. JOANNIS, III, 17.

(14) *Hoc mandatum habemus a Deo ut, qui diligit Deum, diligit et fratrem suum.* — *Ibid.* 21.

(15) *Ratio diligendi proximum, Deus est... Idem specie actus est, quo diligitur Deus et quo diligitur proximus.* — *Summa Th.*, 2<sup>a</sup> 2<sup>a</sup>, q. XXV, a. 1.

(16) *Vae vobis divitibus, qui habetis consolationem vestram.* — LUCAE, VI, 24.

(17) *Facilius est camelum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum.* — MATTHAEI, XIX, 24.

(18) *Facite vobis amicos de mammona iniquitatis, ut, cum defeceritis, recipiant vos in aeterna tabernacula.* — LUCAE, XVI, 9.

(19) *Bona est... eleemosyna magis, quam thesauros auri recondere.* — TOBIAE, XII, 8-9.

(20) «Entiéndanse las amenazas contra los ricos, tomadas en general, contra los que no son pobres de espíritu, ni emplean, como Dios manda, sus riquezas; y las promesas a los pobres, para los que lo son también de espíritu.»

tado en términos expresos. En el capítulo XXV de San Mateo nos describe el juicio que hará, al fin del mundo, de los buenos y de los malos, y dice que, volviéndose a los primeros, les dirá: «Venid, benditos de mi Padre, y poseed el Reino que os está aparejado, porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis.» Dirán los justos, llenos de asombro: «¿Cuándo, Señor, te vimos en tal estado y te prestamos esos servicios?» Entonces Cristo añadirá: «En verdad os digo que todo cuanto hicisteis al menor de estos mis hermanos a mi lo hicisteis» (21). Concepto sublimísimo que Dios sólo, venido a la naturaleza humana que tomó para tratar con los hombres, podía introducir en el mundo. A esta luz desaparecen como sombras de la mente del rico todas las cavilaciones del egoísmo. Abrasele el corazón y no sólo halla ya fácilmente lo superfluo, sino que hasta se quita de lo que le es necesario. Cristo es quien tiene hambre en la persona del pobre hambriento; Cristo está desnudo en el pobre a quien falta ves-

(21) *Venite benedicti Patris mei, possidete paratum vobis regnum a constitutione mundi. Esurivi enim et dedistis, mihi manducare; sitiivi et dedistis mihi bibere; hospes eram et collegistis me; eram nudus et cooperuistis me; infirmus eram et visitastis me; in carcere eram, et venistis ad me. Tunc respondebunt ei iusti: Domine quando te vidimus esurientem et pavimus te; sitiivem, et dedimus tibi potum? Quando autem te vidimus infirmum aut in carcere, et venimus ad te? Et respondens Rex dicet illis: Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. (MATTHAEI, XXV, 31-40).*

tido; Cristo carece de vivienda y de lecho en el desvalido que duerme a cielo raso. ¡Oh Dios!, ¿y cómo no ha de sentir pensando esto el fiel cristiano que se le destroza el corazón, y no ha de correr desolado a coger el pan de la mesa y el dinero del arca para dar socorro a aquella divina indigencia? ¿Qué cosa hay que Cristo no se merezca? Ofrezcamos sin demora a Cristo cuanto esté a nuestra disposición. A más de que si Cristo está en el pobre, el rico, ganándose la amistad del pobre, se gana la de Cristo, o sea la amistad del mismo Juez Supremo.

Esto supuesto, no es ya maravilla si entre cristianos vemos a menudo ricos que derraman sin medida sus bienes en el seno de los pobres, y por socorrer a los pobres se reducen ellos mismos muchas veces a la indigencia. Del célebre Donoso Cortés, quien a la nobleza de la sangre y a la elevación del talento juntó una piedad sin límites, escribían los diarios que, conservando para uso propio no más que la sexta parte de sus riquezas, distribuía las otras cinco entre los pobres: cinco partes de seis son ciertamente un buen excedente, pero no medido con el egoísmo (22).

(De la obra *Principios de Economía Política*)

(22) "Estas liberalidades las hizo cuando volvió las espaldas al liberalismo, y lo confutó con todo el caudal de su asombrosa elocuencia, o sea cuando dejó de ser liberal a lo moderno y en ideas político-religiosas, y comenzó a serlo a lo rancio y en la práctica de la moral católica."

## La pobreza y las enseñanzas evangélicas

Por L. GARRIGUET

Cristo nació pobre, vivió en la pobreza y entre los pobres, a los que dedicó su particular predilección, rodeándolos de respeto y de consideraciones, proclamándolos bienaventurados y reservándoles lo mejor de su corazón. Algunos han deducido de esto que para El la pobreza es cosa deseable, que constituye un estado ventajoso, un elemento esencial de toda sociedad cristiana y una condición indispensable para la salud del alma. Transforman los consuelos que prodigó a los pobres y las promesas que les hizo, en una consagración de la pobreza. De creerlos, la doctrina evangélica conduce directamente a la universalización y a la perpetuidad del pauperismo.

Pretender esto es desconocer en absoluto el espíritu de Cristo y desnaturalizar groseramente sus enseñanzas. Es imposible deducir nada semejante del texto sagrado, del que se desprende, a modo de penetrante perfume, una infinita compasión para los que sufren o tienen necesidad; en él se ve a los desgraciados como Lázaro recibidos en el seno de Abraham, mientras que los ricos, que rehusaron ser piadosos con él, son devorados por las llamas eternas; en él se aprecian tangibles motivos de paciencia, de valor y de esperanza para los desheredados de la vida; en él se oye la dulce canción que a través de los siglos ha mecido la cuna de tantas miserias, consolado tantos infortunios, adormecido tantos dolores, calmado tantas cóleras, devuelto la confianza a tantos desesperados; pero no contiene más que esto.

En el texto sagrado no se dice que la pobreza sea un bien por sí misma, así como tampoco se dice que la riqueza constituya un mal. El Evangelio no merece ninguno de los reproches que se ha creído poder dirigirle acerca de sus pretendidas teorías antisociales concernientes al desprecio de las riquezas, teorías que conducen de una manera lógica, según se pretende falsamente, a reducir la producción a lo estricto, necesario, y a suprimir todo bienestar material. No es cierto, en verdad, que represente

la pobreza como una virtud, ni que ofrezca la desposesión como un estado más perfecto, hacia el que debe tender todo verdadero cristiano, ni que considere al pauperismo como una cosa natural o fatal, que sería pueril tratar de suprimir.

En ninguna de sus páginas representa el Evangelio la pobreza como una virtud y la desposesión como un estado al cual debe tender todo cristiano. *No es la pobreza la que constituye una virtud, sino el desprendimiento.* No hay que olvidar que los que fueron proclamados bienaventurados en la montaña no son los pobres propiamente dichos, sino los pobres de espíritu, es decir, no aquellos que nada tienen sobre la tierra, sino *aquellos que nada tienen que esperar de aquí abajo, que están perfectamente alejados de los bienes de este mundo.* Este alejamiento puede existir en medio de las riquezas, del mismo modo que se puede ser muy rico y practicar en la medida más amplia el despojo efectivo. La pobreza de espíritu es infinitamente más preciosa ante Dios que el despojo real y la pobreza efectiva aceptados de mala gana y sufridos contra voluntad.

La pobreza no salva, del mismo modo que la riqueza no daña.

No está prohibido a los discípulos de Cristo trabajar, producir, guardar honradamente; sólo les está prohibido ser esclavos de las riquezas, unir a ellas su corazón, considerarse sus dueños absolutos, hacer de ellas un uso egoísta, rehusando socorrer a los que tienen necesidades. Lo mismo para Jesús que para Adam Smith o para Karl Marx, la pobreza no es una institución social, sino un sufrimiento. No porque El haya enseñado que, lo mismo que otro sufrimiento cualquiera, la pobreza es utilizable para conseguir el Reino de los Cielos, se desprende de ello que la haya considerado como buena y deseable y que haya dejado oír que era preciso desarrollarla o simplemente sostenerla sobre la tierra.

(De la obra *El valor social del Evangelio*)

## La pobreza de espíritu, condición necesaria del Reino de Cristo

Todos nos quejamos del intervencionismo, cada día mayor, del Estado moderno; pero, ¿nos damos cuenta de que este intervencionismo es algo connatural a la condición de nuestros tiempos, algo, como el calor en verano o el frío en invierno, que obedece a leyes naturales que están por encima del capricho de este o el otro partido, de este o aquel gobernante?

*No hay más que dos represiones posibles: una interior y otra exterior, la religiosa y la política. Estas son de tal naturaleza, que cuando el termómetro religioso está subido, el termómetro de la represión está bajo, y cuando el termómetro religioso está bajo, el termómetro político, la represión política, la tiranía, está alta. Esta es una ley de la humanidad, una ley de la Historia (1).*

Y lo mismo que Donoso Cortés ante el problema político, cabría hoy decir, y con más razón todavía, ante este pavoroso problema que ha dado en llamarse, y es en verdad, nuestra *cuestión social*. No hay más que dos represiones posibles ante el egoísmo humano: el espíritu de pobreza o la intervención del Estado. Ambos están en razón inversa: cuando el uno baja, sube fatalmente el otro. ¿Nos extrañará, pues, que si el espíritu de pobreza se acerca a cero, la tiranía del Estado se remonte hasta... el comunismo?

\* \* \*

Verdad es que *la recta organización del mundo económico no puede entregarse al libre juego de la concurrencia; que en una sociedad bien ordenada sólo a la autoridad pública corresponde, ya que sólo ella puede realizarlo: dirigir, vigilar, urgir, castigar, según los casos y la necesidad lo exijan; más aún, que a dicha autoridad compete, guiada siempre por la ley natural y divina e inspirándose en las necesidades del bien común, determinar más cuidadosamente lo que es lícito o ilícito a los poseedores en el uso de sus bienes, ... ya que Dios dejó a la actividad de los hombres y a las instituciones de los pueblos la delimitación de la posesión privada; y que es razonable, incluso, que cierta categoría de bienes ha de reservarse al Estado, pues llevan consigo un poder económico tal, que no es posible permitir a los particulares sin daño del Estado (2).*

Pero este intervencionismo perfectamente lícito, y aun necesario, estos y otros oficios que puede legítimamente abarcar la función «supletiva» del Estado, ¿son por sí solos capaces para remediar eficazmente los males sociales?

Ocurre a menudo, al hablar del Estado, olvidar una cosa, si se quiere un *detalle*, pero un *detalle* sin duda esencial e importantísimo: que el Estado no es un ente abstracto, que está encarnado en hombres, hombres al fin y al cabo del mismo linaje, de igual condición y naturaleza que el resto de los mortales a quienes han de regir.

Y si el intervencionismo por sí solo ha de poner remedio al egoísmo individual, causa o raíz de todos los males sociales, ¿quién intervendrá entonces a los interventores? ¿Bastará que un egoísmo controle o sustituya a otro egoísmo, para que surja de ahí la justicia social?

\* \* \*

(1) Donoso Cortés. De su discurso pronunciado en el Congreso el 4 de enero de 1849.

(2) Pío XI. De su Encíclica "Quadragesimo anno".

Las ideas bastan al ángel, no al hombre; nosotros necesitamos de los instintos. Los instintos o apetitos, según los antiguos escolásticos, son como una especie de órganos por medio de los cuales obran nuestras almas. Por eso, precisando al humano linaje puesto sobre la tierra, de un estímulo que lo mueva hacia lo útil y necesario para el sostenimiento de su existencia transitoria, la naturaleza misma provee al hombre de esta necesidad, dotándolo con fuertes y poderosos estímulos: Dios puso en la naturaleza humana lo que Santo Tomás llamaba «amor habendi», o dicho en lenguaje vulgar, el *afán de poseer*, que no es sino una nueva forma del instinto de conservación. De ahí la fuerza avasalladora que esta pasión tiene en el corazón humano. Mayor aún si se considera que la posesión de las riquezas es la llave para alcanzar los demás bienes terrenos. Se comprende, pues, cuán grandes han de ser los males que el desorden de esta pasión acarrea. Desde el momento que el hombre se deja dominar por tal pasión, se convierte en un verdadero esclavo de ella. Ya decía San Pablo que la avaricia es una verdadera subyugación, una verdadera esclavitud, una verdadera idolatría. Porque el hombre es débil y se deja dominar por aquello mismo que ama (3). «*Allí donde está su tesoro, allí está también su corazón.*»

Si se quieren remediar eficazmente las injusticias sociales, es de todo punto necesario *ordenar* ese «amor habendi», ese afán de poseer. Y sólo hay un medio: ponernos en una situación de espíritu que nos haga superiores al amor de las riquezas. Pero esto no puede conseguirse con las leyes ni con la fuerza. Es necesario un nuevo espíritu, *el espíritu de pobreza*, movido por un amor superior.

*La salvación de los pueblos no viene de los medios externos. ... Las energías que deben renovar la faz de la tierra tienen que proceder del interior, del espíritu (4).*

Eso mismo viene a reconocer uno de los jefes del socialismo europeo, cuando dice: *Si los trabajadores triunfasen sin haber realizado las evoluciones morales que son indispensables, su reino sería abominable y el mundo volvería a caer en los sufrimientos, las brutalidades y las injusticias tan grandes como las de los tiempos presentes (5).*

Pero, ¿cuál es esta *evolución moral* indispensable para el triunfo de la justicia en el mundo?

\* \* \*

*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos.* Con esta trascendental promesa, promesa y condición a la vez, comienza Jesucristo en su sermón del monte el evangelio del Reino de Dios y su justicia. Porque en esta bienaventuranza se encierra, efectivamente, una promesa y una condición. Una promesa *trascendental*: el Reino de los Cielos para los pobres de espíritu. Y una condición *temporal*: que la justicia del Reino de Cristo exige la pobreza de espíritu; *condición* que se dirige a todos los hombres sin acepción de estado, pues todos son llamados a este Reino.

Claro que este espíritu de pobreza tiene sus grados, que pueden llegar hasta la renuncia *actual* de los bienes terrenos: *si quieres ser perfecto, da tus bienes a los pobres*

(3) Torras y Bages. De sus conferencias sobre "La formación del carácter", en la Juventud Católica de Barcelona. Cuaresma de 1899.

(4) Pío XII. De su Encíclica "Summi Pontificatus".

(5) Vandervelde: "Education ou Révolution", prefacio.

# HABITACION, PAN Y TRABAJO

## Carta Pastoral

del Excmo. y Rvdmc. Dr. D. Gregorio Modrego Casás,  
Obispo de Barcelona

En el umbral del nuevo año, cuando todo hombre reflexivo mira al porvenir, como queriendo descubrir lo que encierra, y concibe proyectos y forja planes para bien vivir, justo es que Nós, que sentimos gravitar en nuestra conciencia el peso, no leve, de la responsabilidad de nuestro cargo pastoral, os digamos algo que oriente vuestra vida de hijos de la Iglesia, con provecho para vuestras almas, y para mejorar nuestra cristiana sociedad en estos difíciles días que vivimos.

A tratar los temas insinuados en las tres palabras que encabezan este escrito nos impulsa un doble motivo que justifica a la vez nuestra intervención en asuntos al parecer puramente materiales y fuera del campo reservado a nuestras actividades pastorales; a saber: la caridad cristiana hacia los que tienen que afrontar una vida penosa y se hallan expuestos a muy graves peligros de orden social y moral por verse privados de habitación, no tener alimentación suficiente y estar de grado o por fuerza ociosos.

Lejos de nuestro ánimo el espíritu de crítica sobre las causas del triple mal que apuntamos. Pretendemos únicamente estimularlos, amados diocesanos, desde nuestro cargo y con la autoridad que nos da el ser vuestro Obispo, a cumplir vuestros deberes de católicos en orden a remediar con espíritu de justicia y caridad los males que lamentamos.

### HABITACIÓN

Por lo que toca a la falta de viviendas, hace un año, con fecha 8 de enero, os dirigíamos apremiante exhortación para que prestarais vuestro concurso en la forma y medida que os fuera posible, a fin de proporcionar vivienda higiénica, moral y decorosa a vuestros hermanos; exhortación que escuchasteis con interés, como lo demuestra no sólo el gran número de testimonios de plena conformi-

dad con lo que os decíamos, sino los estudios realizados, muy estimables, encaminados a buscar la mejor solución al angustioso problema, y además generosas promesas, algunas convertidas ya en realidad, y otras en vías de serlo. Plácenos consignar aquí nuestra gratitud y nuestro deseo de que Dios Nuestro Señor premie largamente a Entidades y particulares cuanto han hecho hasta ahora, y les dé su gracia y ayuda para que continúen en el camino emprendido.

Pero habéis de permitirme que brevemente insista sobre el tema, lo que será siempre oportuno mientras no se logre remedio adecuado (y distamos mucho de haberse logrado), o al menos entremos por vías de eficaz y definitivo remedio, lo que tampoco se advierte hasta el presente.

Reconocemos la gran dificultad del problema, tanto en el aspecto técnico como en el económico, si han de llenar las habitaciones a que aludimos los fines sociales y morales que son de desear.

Nobilísimo esfuerzo representa en ese orden el concurso que, a raíz de nuestra mentada exhortación, convocó el Colegio de Arquitectos de esta Provincia, ejemplo que se proponen seguir otros Colegios provinciales, y que obtuvo un brillante resultado. Un grupo de casas que tuvimos el gusto de bendecir, construídas por la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Barcelona, creemos que responde maravillosamente a las necesidades de las clases modestas a que van destinadas.

Al insistir, pues, sobre este tema, queremos que se mantenga viva en vosotros la idea, firme el convencimiento de la gravedad del problema, y que no se adormezcan las conciencias, sino que se sientan fuertemente estimuladas a cooperar a su solución.

La experiencia de un año, lo que durante él hemos oído, dialogado, reflexionado sobre tema tan importante, nos ha llevado a las conclusiones siguientes que os exponemos para que, en la medida que os afecten, las tengáis

*y sígueme.* Pero por lo menos un mínimo es a todos necesario, resistir el amor *desordenado* a las riquezas: *si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos ... y ama a tu prójimo como a ti mismo.*

Y obsérvese que este espíritu, aun el mínimo, no se apoya en la fría contemplación de la justicia, sino en la fuerza ardiente del amor. Porque, aunque en absoluto bastase la justicia, si sólo a ella aspirásemos, es moralmente cierto, o por lo menos psicológicamente probable, que ni la justicia misma conseguiríamos.

Por eso en la oración compuesta por nuestro Santo Padre Pío XII, para este Año Santo, le pedimos a Dios:

«Encienda tu gracia en todos los hombres *el amor* hacia tantos desventurados a quienes la pobreza y la miseria tienen reducidos a una condición de vida

indigna de los seres humanos (6). Despierta en el alma de cuantos te llaman Padre *el hambre y la sed de la justicia social y de la caridad fraterna en las obras y en la verdad.*»

Esta es la única *evolución moral* que puede hacer posible el triunfo de la justicia. Difúndase este espíritu *en las obras y en la verdad*, y la cuestión social quedará reducida a un simple problema de técnica económica; problema complejo, en modo alguno despreciable, que exige naturalmente la legítima intervención de la autoridad pública, pero problema, en fin, que podrá resolver la pacífica colaboración de los particulares y el Estado.

Pedro Basil

(6) Condición de vida que en modo alguno debe confundirse con la pobreza en los gobiernos y en los pueblos.

## ACTUALIDAD

en cuenta al contribuir a dotar de viviendas a los que de ellas carecen.

a) El problema sigue siendo urgentísimo, como urgente e inaplazable es el remedio de los males de todo orden que se siguen de la falta de viviendas.

b) A agravar el problema contribuye la inmigración indisciplinada. Lo que más nos duele y más nos afecta, por razón de nuestro cargo, es que el número excesivo de esos inmigrados da lugar en gran parte a la inmoralidad de nuestra urbe. Sabemos cuánto hacen nuestras autoridades para regular la inmigración, sujetándola a un riguroso aforo, y pedimos a Dios Nuestro Señor que les ayude a lograr sus buenos propósitos, coronando con el éxito sus esfuerzos.

c) Las viviendas insuficientes para el normal desarrollo de una familia cristiana es grave, si no insuperable obstáculo para la observancia de la moralidad. Las así construidas aparentemente resuelven el problema, pero en realidad lo agravan. Sólo como remedio urgente y transitorio podría tolerarse.

d) Las viviendas miserables, que difícilmente pueden llamarse habitación humana decorosa, sobre todo en rudo contraste con otras edificaciones lujosas y suntuosas, a pocos kilómetros de distancia, no son ciertamente escuela adecuada de virtudes sociales; crean en los que las habitan un sentimiento, o más bien resentimiento, de inferioridad y predisponen a toda rebeldía. En la experiencia de tiempos pasados podríamos encontrar hechos comprobatorios de lo que decimos.

e) Es frecuente creer que la necesidad de vivienda afecta solamente a los que viven en miserables barracas o en cuevas cavadas en los terraplenes; y no se advierte que todavía hay otros ciudadanos que viven en peores condiciones dentro de los núcleos urbanos. Hace pocos días visitábamos uno de los suburbios y entramos en algunas de las barracas allí existentes. Al lamentar la mísera condición de aquellas pobres gentes, me dijo el celoso sacerdote que me acompañaba: «Piense, señor Obispo, que allí —y me señalaba un grupo de casas de buen aspecto exterior— viven algunos de forma increíble, hacinados materialmente, con las consecuencias que pueden suponerse.»

Mis amados diocesanos, creo que al comenzar este año que la Iglesia quiere que sea Santo, debemos todos pensar seriamente qué responsabilidad puede cabernos en la lamentable situación a que nos referimos, y qué podemos hacer para que nuestros hermanos, hijos de Dios como nosotros, tengan vivienda confortable y decorosa. Y podemos más de lo que nuestro egoísmo nos deja ver. En Barcelona hay sin duda muchos pisos habitualmente deshabitados y que sólo sirven para «ocasiones». Opinamos que ante la grave necesidad presente no pueden estar tranquilos en conciencia los propietarios o usuarios de estos pisos, y que no se cometería atropello contra el derecho de propiedad si por quienes tienen autoridad para ello se obligara a dejarlos para quienes imperiosamente los necesitan.

El Instituto de la Vivienda, la ley de viviendas bonificables (cuyo plazo de vigencia está desgraciadamente para terminar) y otras disposiciones legales del Estado y sus Instituciones, deben ser aprovechadas por entidades oficiales y privadas y por los particulares que cuentan con medios para ello. A grandes males, grandes remedios. Sólo con lamentaciones y comentarios no podemos poner remedio al mal, sino con heroicos esfuerzos. Y la hora para realizarlos ha sonado con tañido que no pueden menos que oír quienes no sean sordos voluntarios.

## PAN

Triste y hasta incómoda es la habitación, por buena que sea, cuando la mesa no está bien abastecida, cuando

la familia que en ella se alberga no puede alimentarse suficientemente.

¿Es este el caso o trance por el que pasan muchas familias de nuestras ciudades más populosas?

Creemos no puede negarse el hecho de desproporción, para no pocas familias de obreros de la industria y de gran parte de los funcionarios, entre lo que ganan y su valor adquisitivo para cubrir el minimum de necesidades familiares. La confortable y consoladora impresión que en general experimentamos en el curso de nuestras visitas pastorales por los pueblos del agro, tórnanse en deprimentes y desoladoras cuando nos ponemos en contacto con algunos sectores urbanos.

Remediar ese mal no es menos urgente que cuando de la falta de viviendas se trata. En cambio creemos que el remedio es más fácil, si todos cumplimos nuestro deber.

La fórmula es doble: 1) Distribuir racional y equitativamente los alimentos existentes; 2) Producir la mayor cantidad posible de ellos.

Impiden la plena realización de la primera de esas fórmulas:

a) *Los que comen demasiado*, no dándose o no queriendo darse cuenta de que no es hora de comilonas y de exquisiteces, sino de tomar lo necesario para poder vivir y trabajar, dejando que lo demás llegue a los menesterosos. La sobriedad, siempre recomendable y siempre virtuosa, es un sagrado deber cuando el no practicarla impide que coman los desnutridos. Cuando los fervorosos cristianos ayunan, saben que no sólo practican la virtud de la penitencia, sino también la caridad. Nunca como hoy tendría la sobriedad mayor ni más beneficiosa influencia social.

b) *Los que de cualquier modo dificultan que los pobres puedan adquirir en cantidad suficiente los artículos alimenticios de primera necesidad*, o porque no se cumple bien el oficio de abastecedor, o porque el afán de lucro hace subir desmesuradamente los precios, o porque se destina a alimentos de regalo lo que había de destinarse a alimentos de primera necesidad. De estos y otros capítulos surgen responsabilidades que alcanzan a veces a los mismos que se lamentan del actual estado de cosas.

Por concretar algún caso, diremos que no acertamos a comprender cómo, por ejemplo, se destinan a pequeñas cantidades de buena harina a fabricaciones especiales innecesarias, mientras falta para el pan común. ¡Lástima que no seamos más disciplinados y no nos impongamos esos pequeños sacrificios, de lo que tan beneficiados saldrían los más desnutridos! Claro que las industrias montadas para esos productos sufrirían algún quebranto, pero podría atenuarse y aun evitarse totalmente con una transitoria aplicación a fabricar productos que cubran necesidades primarias. A más de que es preferible que todos puedan alimentarse suficientemente, a que un número de privilegiados goce de lo que no sólo no es necesario, sino que a veces es, además, perjudicial para la salud.

c) También suele suceder que las mismas familias pobres agravan su mal por *no jerarquizar racional y cristianamente sus necesidades familiares*. El afán de divertirse y gozar hace que algunos gasten en diversiones y en asistencia a espectáculos, en los que a veces sufre la salud del alma y del cuerpo, cantidades que absolutamente necesitan para las atenciones vitales. Se nos informa de casos en que jóvenes de ambos sexos, puestos por sus padres en el dilema de cenar o ir al cine, eligen lo segundo, haciendo el gran sacrificio de privarse de la cena. No es lo peor la llaga social que ello descubre, sino la fuente que ello es de nuevas desgracias. No faltan familias que se imponen, con peligro de su salud, restricciones en la mesa para poder asistir a los espectáculos. ¡Ayunos dignos de mejor causa!

## TRABAJO

La segunda fórmula para resolver el problema de la alimentación es producir más. ¿Cómo? Esto nos lleva a la tercera parte de nuestro escrito que es sobre *trabajo*, medio necesario para la producción.

La ociosidad, se ha dicho con razón, es madre de todos los vicios. Podemos añadir que es fuente principal del malestar social. Pueblo que no trabaja, pueblo que se empobrece, y de esa pobreza, que nada tiene que ver con la voluntariamente aceptada y virtuosa, nacen gravísimos males.

De ahí deriva un doble deber social: proporcionar trabajo y trabajar.

Mal hacen quienes acumulan dinero y lo tienen estancado cuando podría animar actividades laborales y producir riqueza. Bueno es el ahorro, pero cuando sirve de instrumento que facilite la producción proporcionando trabajo. Mientras haya obras que puedan emprenderse, fuentes de riqueza que pueden explotarse y, habiendo dinero para financiarlas, queden muertas y sin explotar, es clara la existencia de responsabilidades delante de Dios y de la sociedad. No ignoramos que la economía es muy sensible y que el dinero se retrae cuando la vida de los negocios no ofrece grandes ventajas ni plena garantía; pero adviértase que tener por ley suprema el máximo lucro personal, sin respeto ninguno a la función social del dinero, es una aberración antisocial. «Lógrese que todos cuantos se hallan con fuerza para trabajar tengan la justa posibilidad de ganar por medio del trabajo el alimento cotidiano para sí y para los suyos» (Pío XII). Por eso, aunque previsoras leyes sociales tengan asegurada la retribución de los obreros sin trabajo, es lamentable el paro forzoso, porque en él falla la producción necesaria al bien social.

También es grandemente dañosa, especialmente en circunstancias como la presente, la aplicación excesiva de la riqueza y la actividad personal a lo puramente suntuario. En reciente exhortación pastoral os hablábamos del ingente número de lugares de recreo que absorben una enorme cantidad de tiempo y dinero y una parte muy importante de actividad laboral, que sería preciosa para otras empresas más útiles y socialmente más beneficiosas.

Pide la más elemental prudencia que se cercene cuanto sea posible lo pura o preferentemente suntuario, y se intensifique la producción de los artículos más necesarios para satisfacer exigencias indeclinables del cotidiano vivir.

Si reproable es no proporcionar trabajo o procurarlo fomentando con exceso empresas de diversión o de lujo, no lo es menos hurtar los hombros al trabajo cuando al mismo se abre campo.

Trabajar es un derecho concedido y un deber impuesto primordialmente por la naturaleza. El trabajo es personal y necesario. Dios quiere que el hombre trabaje. Lo quiso antes de la caída de nuestro primer padre, al que puso en el paraíso «ut operaretur», «para que lo cultivase» (Gen. 2, 15); y lo quiso después, imponiéndoselo además con carácter de penalidad: «In laboribus... comedet herbam terrae. In sudore vultus tui vesceris panem», «Con trabajo... comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan» (Gen. 3, 17-19). El Redentor del mundo trabajó durante toda su vida terrenal y, casi a lo largo de toda ella, como humilde menestral en el modesto taller de Nazaret. «La Iglesia, ya desde sus comienzos, valoró y ensalzó el trabajo; el Apóstol Pablo consagró sus manos al trabajo para sustentarse y lo elogió tanto que llegó a proclamar: «si quis non vult operari nec manducet» (II Tes. 3, 10; Pío XII, *Discursos y radiomensajes*, vol. III-1, página 107).

Todos, pues, debemos trabajar, en cumplimiento de un deber humano y cristiano; dedicando al trabajo el mayor tiempo posible, aplicándonos a él con toda la intensidad

de que seamos capaces, hasta santificar con el sudor de nuestras frentes, quién la sementera, quién las máquinas y talleres, quién la mesa de su despacho, etc. Todo trabajo agrícola e industrial, corporal e intelectual, es noble y es necesario.

Concedemos de buen grado que ocho horas diarias de trabajo dan al trabajador derecho a percibir lo necesario, al menos, para ganar el decoroso sustento de su familia; pero es innegable que muchos trabajadores no agotan con las ocho horas su capacidad de trabajo y pueden, por tanto, dedicar más tiempo al mismo. Si este margen lo llenan prolongando sus tareas, además de contribuir al bienestar social con el aumento de la producción, lograrán acrecer el patrimonio familiar. En cambio, si las horas de descanso son excesivas y se dedican a la innecesaria holganza y dispendios en lugares de recreo, es incalculable el bien que se pierde y los males que ello acarrea. Exponiamos estas ideas a un nutrido grupo de obreros en una fábrica, y vimos en sus gestos y luego escuchamos de sus labios el pleno asentimiento a lo que les decíamos.

Si esa falta de intensidad en el trabajo se da, por ejemplo, en los empleados de las oficinas y entidades públicas o privadas, esto hace consiguientemente necesario mayor número de ellos; y esa excesiva burocracia retiene en las oficinas a muchos hombres que podrían aplicarse a otros trabajos productivos. Si se da en los trabajos agrícolas o industriales la llamada huelga de brazos caídos o lacios, es decir, si los trabajadores se regulan por la ley del mínimo esfuerzo, disminuye la producción, se encarece la vida y ello acarrea malestar a los mismos trabajadores. Hasta en el campo de las actividades apostólicas y ministeriales, Nós, que anhelamos tener el número de operarios necesarios para esos trabajos, no queremos ni uno más de los sacerdotes necesarios, prefiriendo que todos tengan llena de trabajo su vida.

«Extendens meipsum», decía San Pablo. El trabajo, el Apóstol lo entendía como esfuerzo semejante al del atleta, que al llegar al término de su carrera, y casi falto ya de energías, hace un esfuerzo y se estira para tocar la meta y ganar el premio. Todos hemos de rendir el trabajo (cada cual el suyo) que buenamente permitan nuestras fuerzas. En el orden material no hay otro medio para lograr habitación decorosa y comida abundante y otras ventajas sociales; en el orden religioso es fuente abundante de mérito sobrenatural. El trabajo enriquece y santifica. La holgazanería conduce a la pobreza y a la degeneración.

## SIN DIOS, LA PROSPERIDAD MATERIAL ES HERIDA O HALAGO MORTAL

Venerables hermanos y amados hijos: Os hemos expuesto estas ideas con la espontaneidad con que han ido brotando en nuestra mente y repercutiendo en nuestro corazón al contacto con la realidad que vivimos.

Ante la falta de viviendas suficientes y decorosas, hemos sentido como propias las molestias que ello ocasiona a muchos de nuestros hijos, que son los más queridos por ser los más pobres; pensando en las horas tristes de los hogares sin suficiente pan sobre la mesa, nos ha sabido amargo el que comíamos; al presentir las fatales consecuencias que el paro forzoso o voluntario acarrea al bienestar y a la prosperidad social, nos hemos sentido presa de indignación, tanto por la falta de trabajo que el retraimiento del capital puede causar, como por la peligrosa tendencia a rendir el mínimo esfuerzo en el trabajo y a dar mayor tiempo del necesario al descanso y esparcimiento, convirtiendo el descanso en holganza, y el esparcimiento en peligrosas diversiones.

Dejando, pues, a un lado otros aspectos de los temas que hemos tratado, y limitando nuestra atención a la diócesis que tenemos encomendada y a lo que es de nues-

*Termina en la pág. 103*

# Cruzada anticomunista

«TALES DEMONIOS NO SE LANZAN MAS  
QUE CON LA ORACION Y EL AYUNO»

«Hay que buscar la salvación, sobre todo, en la oración penitente y confiada dirigida al Santísimo Corazón de Jesús por medio del Inmaculado Corazón de María»

(Véase CRISTIANDAD, núm. 138 pág. 515)

¿Existe algún medio para luchar con verdadera eficacia contra el comunismo?

Tal es una de las más acuciantes preguntas que pueden plantearse en estos momentos cruciales en la historia de los pueblos y de la humanidad.

En estos últimos meses parece que se ha puesto de moda el hablar, en los más variados tonos, de la amenaza comunista y de la necesidad de organizar una defensa estable para impedir que los pueblos que se mantienen independientes del control moscovita caigan en manos de los secuaces de Stalin y de sus consejeros y aliados.

Para hacer efectiva esa defensa y esa solidaridad contra el comunismo invasor, se han ensayado, y se ensayan todavía, los más variados métodos. Se han perdido, en los años postreros, las mínimas ilusiones de algunos en la Organización de las Naciones Unidas, como instrumento eficaz de lucha contra la opresión y la tiranía. Han desaparecido, por otra parte, las más tenues esperanzas en la posibilidad de un compromiso formal y duradero entre las llamadas grandes potencias, y para llenar el tremendo vacío que se ha producido con el fracaso de los organismos que en las horas del triunfo guerrero se consideraron como prácticamente definitivos en relación a un ordenamiento pacífico del mundo, han ido apareciendo nuevas fórmulas, nuevos pactos, que pretenden encauzar los anhelos de la humanidad y poner término al temor despertado por el incesante avance del ejército soviético.

Así nacieron el Plan Marshall, el pacto de defensa interamericana, los congresos pro unidad europea, la Asamblea de Estrasburgo, el Pacto del Atlántico, las Uniones aduaneras, etc. Y, sin embargo, nadie puede alardear de haberse conseguido un mínimo de seguridad contra el peligro comunista, y mucho menos un instrumento eficazísimo para luchar contra tan funestísima ideología.

\* \* \*

Aquí tenemos a China, víctima inerme del terror bolchevique, y cuya conquista por las tropas rojas constituye el acontecimiento más grave y más significativo del año que terminó.

Abandonado y traicionado por sus amigos y aliados de la víspera, el pueblo chino se nos aparece como el más acabado ejemplo de lo que pueden esperar los demás pueblos que confían todavía en los dólares norteamericanos o en la potencia militar del «Occidente», para defenderse del virus que ha acabado con las resistencias de medio mundo e inficiona, en mayor o menor proporción, a las restantes naciones.

¿Hay alguien que crea aún seriamente en el Pacto del Atlántico en función anticomunista? Causaría ciertamente incontentible regocijo, si la cuestión no revistiera caracteres de auténtica tragedia, la disparidad de opiniones y las inacabables controversias que se suscitan en torno a

los límites máximos de repliegue que prevén los técnicos militares en caso de un ataque en masa de los ejércitos de la U. R. S. S. Los Estados Mayores discuten si la resistencia substantiva frente a una agresión armada contra el occidente europeo, ha de establecerse en el Elba, en el Rhin, en los Pirineos..., o en el Africa. Se trazan ambiciosos planes, se especula con deserciones al estilo de Tito de Yugoslavia, se confía en la construcción de superbombas atómicas; pero nadie halla, ni en tales proyectos ni en la acumulación de armamentos, la seguridad mínima indispensable capaz de crear un ambiente de calma y tranquilidad.

Los mismos Gobiernos que dicen aprestarse a luchar contra el comunismo, se ven incapaces de ahogar y eliminar los tentáculos lanzados desde Moscú en torno a la vida social, política, cultural y económica de sus respectivos países. Todo parece confabularse en favor del comunismo internacional.

Por eso no es extraño que nos preguntemos —que el mundo se pregunte— si es que realmente existe un remedio adecuado para oponerse al comunismo, para no caer en sus garras diabólicas, para liberar a las naciones que sufren su tiránico poder.

Ha desaparecido la confianza en los dirigentes políticos de las grandes potencias liberales; ha desaparecido la ilusión en los organismos internacionales; nadie cree ya en la ayuda económica o financiera como remedio decisivo; nunca ha estado el mundo más lejos de la verdadera paz.

Y, no obstante, no es lícito dejarse arrastrar por un pesimismo que nada resuelve, que nada cura.

No podemos esperar remedios resolutivos de las instituciones, de los proyectos puramente humanos. Pero hemos de esperar en los remedios que reclaman las extraordinarias circunstancias que vivimos.

Y estos remedios son los que reiteradamente nos vienen mostrando los Romanos Pontífices.

\* \* \*

Remedios auténticos, decisivos.

Los enunciaba clara y sucintamente el Papa Pío XI en la Encíclica «Divini Redemptoris». Los recordaremos brevemente en este artículo.

En primer lugar, declaraba el Papa, hay que *desenmascarar al liberalismo amoral* que ha hundido en ruinas al mundo.

Hay que *atenerse, después, a los principios y directivas fijadas por la Iglesia*, que, prestándose a diversas aplicaciones concretas, muestran el camino seguro para obtener el feliz progreso de la sociedad.

Para alcanzarlo, precisa, empero, *una sincera renovación de la vida pública y privada según los preceptos evangélicos*. Son demasiados los que son católicos casi de nom-



bre; demasiados los que no se preocupan de conocer mejor la religión; demasiados los que no aspiran a adquirir una convicción más íntima y profunda de la fe que profesan.

*Es necesario un mayor desprendimiento de los bienes terrenos; una práctica más efectiva del precepto de la caridad.* Existe realmente una muchedumbre de indigentes que están oprimidos por la miseria y el más completo desamparo.

— Hay que *cumplir estrictamente los dictados de la justicia social.* «¿No es de lamentar —dice el Papa— que el derecho de propiedad reconocido por la Iglesia haya sido usado algunas veces para defraudar al obrero de su justo salario y de sus derechos sociales?»

Es preciso que los obreros tengan asegurado su propio sustento y el de sus familias; que se les facilite la ocasión de adquirir alguna modesta fortuna; que se tomen precauciones en su favor, para el tiempo de la vejez, de la enfermedad o del paro.

La prensa católica, por su parte, ha de exponer con mayor asiduidad y atracción la doctrina social de la Iglesia, y poner en guardia contra las astucias y engaños con que los comunistas procuran atraerse incluso a los hombres de buena fe.

Pero todo ello, con ser mucho, no sería suficiente.

Recuerda Pio XI que cuando los Apóstoles preguntaron a nuestro divino Redentor por qué no habían podido librar

del espíritu maligno a un endemoniado, Jesús les respondió: «TALES DEMONIOS NO SE LANZAN MÁS QUE CON LA ORACIÓN Y EL AYUNO.»

Por consiguiente —y es el Papa quien lo afirma—, «*tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad, sino con una santa cruzada universal de oración y de penitencias.*»

He ahí la verdadera Cruzada contra el comunismo y contra todas las ideas de perdición.

Fuera de ella, no existe otra solución posible; a lo más podrá dar el mundo fórmulas malminoristas, simples paliativos; pero, como dice Balmes, «¿qué valen los paliativos si el mal permanece intacto?».

Porque el mundo se ha alejado de Dios y ha despreciado su santa Ley y a la Iglesia, nuestra Madre, anda desquiciado y expuesto a todas las tempestades y a todos los peligros.

Han fracasado todos los instrumentos humanos. Solamente la plegaria fervorosa y confiada y un espíritu de verdadera penitencia pueden salvarnos de la catástrofe que nos amenaza.

Tal es el único y posible remedio que nos señala la Iglesia y nos recuerda de nuevo en este Año Santo de 1950.

¿Hallará esta llamada el eco indispensable en el pueblo cristiano? ¿Tendrá esta Cruzada la acogida ferviente y total que exige la gravedad excepcional de nuestra época?

José-Oriol Cuffi Canadell

Viene de la pág. 101

## HABITACION, PAN Y TRABAJO

tra incumbencia, nos hemos propuesto, ¡ojalá que lo logremos!, excitar e impulsar las reservas morales de vuestras almas cristianas para reaccionar contra ese triple mal que señalamos, y aportar todos, cada cual desde su puesto, el mayor esfuerzo para remediarlo.

Pero por encima de estas consideraciones, inspiradas principalmente en necesidades humanas temporales, aunque bajo el aspecto moral que a Nós incumbe, elevad los ojos al cielo, para que todos, ricos y pobres, los que abundáis en bienes materiales y los que de ellos carecéis, tengáis muy presentes estas palabras de Su Santidad el Papa Pio XII en el Mensaje del día de Navidad: «Sin Dios, la prosperidad material es, para quien no la posee, una atormentadora herida; pero para quien la tiene, un halago mortal».

Los que habitáis, pues, en miserables chozas, o coméis escaso el pan, no permitáis que esa penosa situación os haga perder el amor a Dios y abandonar el cumplimiento de vuestros deberes religiosos, sino «quedando vivo en vosotros el derecho de reivindicar lo justo y en los demás el deber de reconocerlo, recordéis que poseéis una alma inmortal y un destino trascendente». «Las legítimas preocupaciones que os asaltan por el pan de cada día y por una conveniente habitación, indispensables para vuestra vida y la de vuestras familias, haced que no choquen con vuestros destinos celestiales; que no os hagan olvidadizos o indiferentes para vuestras almas». Así no os atormentará el veros privados del bienestar material, sino que sabréis sacar mérito y virtudes de las privaciones a que os veáis sometidos.

En cambio, los ricos de este mundo, los que abundáis en bienes materiales, pensad que sin la idea y el amor práctico de Dios, que no subsiste sin el amor al prójimo,

vuestras riquezas materiales, de las que tan abundantemente disfrutáis, son un halago que os recrea y os hace creer que sois felices; pero el halago es engañoso y mortal. Es engañoso porque los bienes materiales son inconsistentes, a lo sumo no durarán más de lo que dure la vida del cuerpo, y ésta es breve e insegura; pero aun mientras se poseen, ¡de cuán punzantes espinas están erizados y cuántos desengaños ocasionan! Es además mortal el halago de las riquezas, porque mientras de ellas se nutre y con ellas se recrea el cuerpo, y se satisfacen las pasiones desordenadas, conculcando deberes de justicia y caridad, matan la vida del alma y privan al hombre, hijo de Dios, de la rica e incomparable herencia del cielo.

Durante este Año Santo, venerables hermanos y amados hijos, meditemos todos en estas verdades y formemos el firme propósito de vivir como católicos sinceros, cumpliendo los sagrados deberes que como a tales nos incumben para lograr que todos los que pertenecemos a esta gloriosa diócesis de Barcelona, por tantos títulos deudora a Dios que la ha bendecido ampliamente, formemos una verdadera familia, unida con los vínculos dulces y fuertes de un mismo amor —el que debemos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos—; iluminada y guiada por las luces de una misma doctrina, la de salvación, que nos enseñó el Verbo de Dios encarnado, nuestro divino Maestro, Jesús; teniendo un mismo hogar, la Iglesia Católica, a la que por dicha nuestra pertenecemos; sentados a una misma mesa y alimentados de un mismo manjar, la Santísima Eucaristía...

Os deseamos a todos un año feliz y santo, mientras del fondo del alma os damos nuestra pastoral bendición en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu † Santo. Barcelona, 7 de enero de 1950.

† GREGORIO, OBISPO DE BARCELONA

## En el aniversario de la condena del Cardenal Mindszenty

«Conocemos la tenacidad y pureza de su fe;  
conocemos su fortaleza apostólica...»

El pasado día 8 se cumplió el aniversario de la inicua sentencia dictada por un llamado tribunal popular de Budapest, contra el Primado de Hungría, el Emmo. Señor Cardenal José Mindszenty.

La condena a cadena perpetua acordada por los seudo jueces a las órdenes de los dirigentes que tiranizan aquella católica nación, representaba el final de un meditado plan trazado por los enemigos de la Iglesia, para destruir la firme voluntad de resistencia de los Obispos, del clero y de los fieles, contra las medidas sectarias que trataban, y tratan, de imponer Rakosi y sus secuaces, dentro de la ofensiva emprendida por el ateísmo militante en diversos países europeos. Gracias a Dios, el proyecto del comunismo fracasó en Hungría, y el proceso contra su ilustre Primado sirvió para unir más estrechamente todavía a los católicos en la pública manifestación de su fe y de su obediencia a la Jerarquía.

La noticia de la condena del ilustre purpurado, sumió al Santo Padre en gran consternación. Ya en su Encíclica al Episcopado húngaro, fechada el 2 de enero de 1949, el Papa había expresado su "profundo pesar", por la arbitraria detención del benemérito Prelado, y por la ofensa grave que con ello se había inferido a la Religión y a la misma dignidad humana. Elevaba el Vicario de Cristo su solemne protesta por la injuria inferida a la Iglesia, y trazaba a continuación una semblanza del Cardenal, que reproducimos seguidamente como homenaje filial a quien se ve entre rejas por haber resistido a la iniquidad.

Decía el Papa en su citada Encíclica: "Conocemos bien los méritos de este óptimo pastor; *conocemos la tenacidad y pureza de su fe; conocemos su fortaleza apostólica en la tutela de las doctrinas cristianas y en la reivindicación de los sagrados derechos de la Religión.* Y si, con pecho fuerte, impávido, se creyó en el deber de oponerse al ver que la libertad de la Iglesia iba siendo cada vez más limitada y coartada, y, sobre todo, al ver impedido con grave detrimento de los fieles el magisterio y ministerio eclesiástico que debe ejercitarse no sólo en las iglesias, sino también al aire libre, en las manifestaciones públicas de fe, en las escuelas inferiores y superiores, en la prensa, en las piadosas peregrinaciones a los santuarios y en las asociaciones católicas, todo esto no es ciertamente para él motivo de acusación o de deshonor, ya que son cosas que conciernen a su oficio de vigilante pastor."

Por esta única razón, el Cardenal Mindszenty fué detenido y condenado. Quizás algún día se conozcan en sus detalles las torturas de toda clase inflingidas por los sicarios comunistas a la persona del Príncipe y Primado de Hungría, pero los pocos datos que se poseen sobre la forma en que fué llevada a cabo la instrucción del proceso, demuestran claramente la saña de sus verdugos y la falsedad de las imputaciones levantadas por quienes se decían sus jueces.

De ello se hacía eco, poco tiempo después, el Romano Pontífice en su alocución al Sacro Soglio Cardenalicio, el día 14 de febrero. "La causa de este Prelado —seña-

laba el Papa—, no se desarrolló, como bien sabéis, a plena luz del sol. En efecto... Los que pedían entrar en Hungría desde el extranjero para poder seguir de cerca el curso del proceso, si de alguna manera parecía que iban a presentarlo con espíritu sereno, para luego informar con sinceridad, recibieron tal repulsa, que no sólo a ellos, sino a todas las personas honradas y rectas, les indujo a sospechar que en Budapest se estaba desarrollando un proceso que sus mismos fautores tenían que fuese conocido abierta y claramente por todo el mundo... Y aunque las cosas no se han sabido con certeza ni se han expuesto clara y completamente, creemos, sin embargo, que no podemos dejar de mencionar el juicio que de esta causa ha emitido el mundo civilizado, especialmente de la extraordinaria y sospechosa rapidez del procedimiento, de la artificiosa y capciosa presentación de las acusaciones y del estado físico de este Prelado con inexplicables y ocultas intervenciones inconfesables, ya que un hombre, hasta ahora lleno de vigor por su naturaleza y modo de proceder, se presenta improvisadamente tan débil y de mente tan vacilante, *que su modo de obrar parece una acusación no contra sí mismo, sino contra los que le inculpan y condenan.*"

Así fué juzgado y sentenciado el Cardenal Mindszenty. Sin embargo, como recordaba algunos días más tarde el Santo Padre, el hecho de que un régimen enemigo de la Religión hubiese herido a un Príncipe de la Iglesia, no era un caso aislado. Era un anillo más de la cadena de persecuciones de que ciertos Estados hacen víctima a la doctrina y a la vida cristianas. Era una nueva intimidación para sujetar a sus fueros a la Iglesia de Cristo. El Estado antirreligioso, señalaba el Papa, "querría una Iglesia que se calle cuando debería hablar; una Iglesia que debilita la Ley de Dios, adaptándola al gusto de los deberes humanos, cuando debía proclamarla y defenderla en alta voz; una Iglesia que se destaque del fundamento inquebrantable sobre el que Cristo la ha edificado, para recostarse cómodamente sobre la movediza arena de las opiniones del día, para abandonarse a la corriente que pasa; una Iglesia que no resistiera a la opresión de las conciencias, que no tutelase los legítimos derechos y las justas libertades del pueblo; una Iglesia que, con servidumbre indecorosa, se encerrase dentro de las cuatro paredes del templo, olvidándose del divino mandato: "Id a la salida de los caminos (Mat., 22, 9), instruid a todas las naciones" (Mat., 28, 19).

Pero la Iglesia de Cristo no se someterá jamás a tamañas exigencias. "El Papa cuenta con las promesas divinas... Pregonero de la verdad y de la justicia, principio de la unidad de la Iglesia, su voz denuncia los errores, las idolatrías y las supersticiones; condena las iniquidades y hace amar la caridad y la virtud" (Discurso del 20 de febrero de 1949).

Esta será siempre la línea inflexible que seguirá la Iglesia dirigida por su Pastor supremo. Aunque para ello sus pastores y sus fieles se vean perseguidos y torturados; aunque sufran en lóbregas cárceles privaciones y padecimientos, por su fidelidad a Jesucristo.

J. O. C.

*L*a Parroquia, con sus dependencias  
Sociales, es el centro de la vida  
católica.

V. H.



*Visite las Cuevas  
de Artá*

HILADOS y TORCIDOS de ALGODON

José M.<sup>a</sup> Suris

Sociedad en Comandita

Diputación, 294 - Telef. 16950  
B A R C E L O N A

S. J. B.

BARCELONA

COCINE SIEMPRE CON PRODUCTOS

# POTAX



ES LA MARCA DE GARANTIA

## HIJO DE ANTONIO CIRERA

SOCIEDAD ANÓNIMA

LANAS Y PEINADOS

CASA FUNDADA EN 1875

SABADELL

Visita *Manresa*  
y  
sus monumentos históricos

### S. A. S. C. P.

BARCELONA

### Industrial Anónima

### G. V. C.

Manresa

### M. S. S. A.

Barcelona

### G. y O.

HOSPITALET

### Antonio MARQUES

Piedras - Mármoles  
Arquitectura - Escultura  
Proyectos

Plaza Perpiñá, 21  
GRANOLLERS (Barcelona)

### SANITEX

Algodón Hidrófilo,  
Vendas de todas  
clases, Apósitos,  
Pinzavendas, etc.

BÉJAR (Salamanca)

### J. R. S.

BARCELONA

### C. R.

Granollers

### S. A. T. E. R. S. A. Tejidos

Enrique Rocamora

Novedades para Señora

★  
Las Valls, 24 - Telf. 1448  
Dirac: Teleg. «Sator» SABADELL

# PHILIPS

## RADIO LUZ